

PEDRO VÍLLORA: *Amado mío o la emoción artificial*

AMADO MÍO

o La emoción artificial

Pedro Vllora

Esta obra se ha escrito con una Ayuda a Autores de Teatro de la Comunidad de Madrid en 1992

PEDRO VÍLLORA: *Amado mío o la emoción artificial*

a los nacidos en Junio

PEDRO VÍLLORA: *Amado mío o la emoción artificial*

He aceptado la pureza como la peor de las perversiones

Marguerite Yourcenar: *María Magdalena o la salvación*

Ahora que conozco la realidad, sólo lo artificial me interesa

José Donoso: *El obsceno pájaro de la noche*

PERSONAJES

CANTANTE: ¿Laura?

ULISES: portador de Palabra Divina

ANDRÉS: jardinero coyuntural

INMA: niña adorable

SEÑORITA CONWAY: británica y profesional

MARTA: doncella paciente, luego impaciente

MARÍA: doncella impaciente, luego paciente

COSME: Dióscuro mayor

ERNESTO: de profesión sospechosa

PEDRO: rodadero fundador

DAMIÁN: Dióscuro menor

PRÓLOGO

(Escalera de la casa. La cantante está en la parte superior; Ulises, el sacerdote, está abajo.)

CANTANTE: Anoche soñé que volvía a...

(Pausa.)

ULISES: ¿Adónde?

ESCENA PRIMERA

(Jardín. Inma viene corriendo y se esconde; reposa la fatiga; comprueba que no la han encontrado.)

INMA: Sé que estás ahí, que estarás. Vienes con un rastrillo en la mano para limpiar la grava del camino de entrada. Quieres sacar las piedras más gruesas, las que no esquivan los pequeños garfios, y que se esconden a la espera de que una fina suela de escaso grosor las pise, para entonces saltar de su escondrijo y clavarse, traspasando la tira de cuero e hiriendo con sus aristas la piel más sensible del pie. Podría ser mío el pie cuyo dolor intentas prevenir, pero no es así. No porque creas que mi pie no es importante, sino porque no piensas en él; ni en él ni en mí. Ignoras mi pie igual que ignoras mi persona, porque tu memoria es frágil y te has olvidado de mí. No voy ahora a recordarte nada, pero sí te diré que te acercarás silbando y caminando despreocupadamente, arrancarás una hierba que veas, y ese movimiento tuyo para agacharte te hará estornudar. Entonces me verás y te quedarás sorprendido; me reconocerás y eso te sorprenderá si cabe aún más. Entonces dirás algo tan vulgar como "no es verdad que seas tú", y yo responderé que, si yo no soy yo, ¿quién más puedo ser? No lo sabes aún, pero yo podría reconstruir todo lo que va a ser nuestra conversación posterior. Quizá reconstruir no sea la palabra más adecuada; digamos hacer un bosquejo previo o, lo que es mejor, anticipar. Pero es posible que a ti no te importe lo que pueda pasar, y además no estás aquí para escucharlo. De todos modos, ni siquiera yo sé qué parte vas a desempeñar en el transcurso de esta historia.

(Entra Andrés, cumple las acciones previstas por Inma, y va a decir algo.)

INMA: Eres un coyuntural.

ANDRÉS: ¿Un qué?

INMA: Un ser inútil, que vale lo que su circunstancia.

ANDRÉS: ¿Qué dices?

INMA: Eres tan plano que no puedes expresar una sola frase informativa, enunciativa, inteligente.

ANDRÉS: ¿Por qué hablas así?

INMA: No me he equivocado. Hasta ahora te has limitado a interrogaciones propias más del desconcierto que de la perspicacia.

ANDRÉS: ¿Por qué me insultas?

INMA: Van cuatro.

ANDRÉS: ¿Cuatro?

INMA: Cinco.

ANDRÉS: ¿No vas a dejar de burlarte de mí?

INMA: No mientras pueda.

ANDRÉS: ¿Sabes que te comportas como una niña odiosa?

INMA: Casi, casi; aunque es una pregunta, al menos contiene un juicio de valor.

ANDRÉS: No entiendo; no sé qué quieres decir.

INMA: No estás preparado; se nota fácilmente, claramente incluso; tanto como esa nube que empaña tus ojos.

ANDRÉS: Mentira.

INMA: Me esfuerzo en buscar una expresión cursi para ti, y eres incapaz de volverla en mi contra. No sé qué eres más, si torpe o ingrato.

ANDRÉS: Me humillas.

INMA: Eso intento.

ANDRÉS: No es verdad que seas tú.

INMA: Al fin, pero no seguiré jugando. ¿Quién, si no yo, iba a demostrar tanto empeño en herirte sin motivo aparente?

ANDRÉS: Una alimaña cruel, o una loca.

INMA: No me doy por aludida, gracias.

ANDRÉS: Sigo con lo mío. Que te lo pases bien.

INMA: ¿Ya?; ¿y a eso lo llamas bienvenida?

ANDRÉS: Yo no te he pedido que volvieras.

INMA: No me lo puedo creer. ¡Te has ofendido!

ANDRÉS: Nos vemos por primera vez después de casi un año, y antes de mediar ningún saludo te dedicas a insultarme. Dime cómo podría no estar ofendido.

INMA: Es posible, sólo posible, que merezcas una disculpa, pero es más cierto que mereces unos azotes.

ANDRÉS: Tu educación no ha mejorado.

INMA: Pero sí mi capacidad para cambiar de registro.

ANDRÉS: No sé qué es eso.

INMA: Tampoco importa.

(Pausa. Andrés trabaja.)

INMA: Bueno, bueno, bueno. ¿Desde cuándo sabes que venía ayer?

ANDRÉS: No lo sabía.

INMA: Bonita manera de preocuparse por una. Un año en la escuela y ¡paff!, desapareciste, olvidada.

ANDRÉS: Ojalá fuese tan fácil.

INMA: Pero no creas que estoy aquí sólo para verte. Me persiguen.

ANDRÉS: ¡Oh, qué interesante! ¿La cruzada por la moral y las buenas costumbres?

INMA: Peor; la señorita Conway.

ANDRÉS: Algo habrás hecho, sea quien sea.

INMA: Es algo horrible; es mi institutriz.

ANDRÉS: ¿Tu qué?

INMA: Sí, mi institutriz, mi dama de compañía.

ANDRÉS: Tu niñera.

INMA: Soy menos niña que tú, no lo olvides.

ANDRÉS: Niñata.

INMA: ¿Quieres saber lo adulta que soy cuando insulto en serio?

ANDRÉS: En serio, no.

INMA: Mi señorita...

ANDRÉS: ...de compañía.

INMA: Mi señorita de compañía, Conway, me persigue.

ANDRÉS: Te has escapado.

INMA: Huido.

ANDRÉS: Querría darte la papilla.

INMA: Peor; lavarme la lengua.

ANDRÉS: Empieza a caerme bien.

INMA: No; sólo me apetecía dejarla sola en su primer día, a ver cómo responde.

ANDRÉS: ¿Ha fallado ya?

INMA: Aún no ha tenido tiempo.

ANDRÉS: Curiosa novedad esa de la niñera.

INMA: Debo aprender a comportarme. Estoy en una edad crítica.

ANDRÉS: Una mujer no tiene edad.

INMA: Pero se la critica, y yo me estoy haciendo mayor, por si no te habías percatado.

ANDRÉS: Ya lo hago, gracias.

INMA: ¿Le cuá?

ANDRÉS: Me percato. ¿Eso es francés?

INMA: La señorita Conway hará que lo sea.

ANDRÉS: Te agradecerá este primer descanso.

INMA: No descansa; se toma mucho trabajo en buscarme.

ANDRÉS: ¡Qué interés!

INMA: Lo necesita, si quiere pasar tres meses aquí.

ANDRÉS: ¡Tanto!; pobre chiquilla.

INMA: No la compadezcas; no van a ser vacaciones aburridas.

ANDRÉS: Alguna trastada que rumias.

INMA: No, te equivocas; no soy yo. Algo va a ocurrir pero no tiene que ver conmigo.

ANDRÉS: ¿Y conmigo?

INMA: Tampoco, creo. Bueno, puede que sí, puede que con ninguno, puede que con los dos; ¿cómo voy a saberlo?

ANDRÉS: Dile a tu niñera que te lo enseñe; para eso está, ¿no?

INMA: A lo mejor te enseña a ti más que a mí.

ANDRÉS: ¿A mí? Ni siquiera conozco a tu joya.

INMA: No te preocupes; está a punto de encontrarme.

(Entra la señorita Conway.)

CONWAY: María, ¿dónde estabas? Desapareciste.

INMA: No me llame María.

CONWAY: Es un nombre más bonito. ¡Oh!, disculpa, no sabía que estabas acompañada. Buenos días.

ANDRÉS: ¿Cómo está, señorita?

INMA: ¡Señorita Conway, por favor, no lo salude!

CONWAY: ¿Por qué?

INMA: Es Andrés, es jardinero, es coyuntural.

ESCENA SEGUNDA

(Marta y María limpian la escalera.)

MARTA: La culpa es tuya.

MARÍA: No es tan grave.

MARTA: No para ti.

MARÍA: Para ti tampoco. Aún estás aquí, ¿no? Pues eso.

MARTA: ¿Y dónde querías que estuviese?

MARÍA: ¡Ah!, ¿y yo qué sé? Eres tú la que se queja, la que parece que hubiese sido echada.

MARTA: ¡Qué me van a echar! No era tan grave.

MARÍA: Eso es lo que yo digo.

MARTA: Pero pudo haberlo sido. Si se lo llega a tomar mal, habría estado en su derecho.

MARÍA: ¿Se lo tomó?

MARTA: No; bueno, sí, pero no tanto.

MARÍA: Entonces. A ver si una no va a poder ni chistar.

MARTA: De chistar no entiendo, pero lo que tú haces no se puede hacer.

MARÍA: No te oigo; es su voz la que sale por tu boca.

MARTA: Lo que salen por mi boca son cuatro verdades.

MARÍA: Y cuatro frescas.

MARTA: Contigo me basta.

MARÍA: Viva yo fresca y tú podrida, merluza pasada.

MARTA: Quita allá, pendeja, almeja marchita.

MARÍA: ¿Marchita?, ¡qué!; a este cuerpo lozano aún le vas a querer dar más de un mordisco.

MARTA: Y me baño después para que la digestión se me corte.

MARÍA: Te bañarás por no oler a fregona, y no por otra cosa.

MARTA: Con esta te he de dar si no te callas y te pones a trabajar.

(Pausa.)

MARTA: ¡Oler a fregona! Pues vaya.

MARÍA: ¿Ya?

MARTA: ¿Ya, qué?

MARÍA: Que si ya has terminado; si te basta con eso.

MARTA: ¿Con qué?

MARÍA: Pues vaya.

MARTA: ¿No se dice así?

MARÍA: Sí, pero es poco.

MARTA: Pues vaya dos veces, hija, quédate tranquila.

MARÍA: Tranquila, no: muerta es lo que tú estás.

MARTA: Y tú que lo digas.

MARÍA: Si me llega a decir a mí alguien que huelo a fregona, vamos, es que yo...

MARTA: ¿Tú, qué?

MARÍA: Ay, Marta, no seas tan poca cosa.

MARTA: ¿Y qué quieres que le haga?

MARÍA: Mujer, un poco más de vida.

MARTA: ¿Se llaman así los perfumes para fregonas?

MARÍA: Estúpida.

MARTA: Sí, y a mucha honra.

MARÍA: No arreglas nada enfadándote conmigo. Yo no soy ningún problema para ti.

MARTA: Eso se lo dirás a todas.

MARÍA: No quieras jugar conmigo.

MARTA: Me fastidias, me molestas, me cabreas; eres una fulana suavona.

MARÍA: Rana de vientre mezquino.

MARTA: Mezquino si quieres, pero mío, sólo mío.

MARÍA: Y tanto que tuyo; con tu pan mojes tu salsa.

MARTA: Porque a la tuya no me acerco.

MARÍA: No me falta quien la quiera rebañar.

MARTA: ¡Ah! Es verdad.

MARÍA: No.

MARTA: Sí, que lo sé. A mí no me engañas.

MARÍA: No digas sandeces.

MARTA: Digo verdad.

MARÍA: Calla.

MARTA: Se te nota.

MARÍA: Que calles te digo.

(Aparece Cosme en lo alto de la escalera.)

MARÍA: Buenos días.

MARTA: Buenos días.

COSME: ¿Ha vuelto mi hermano?

MARÍA: No sé.

MARTA: No lo hemos visto. La señorita sí está levantada.

MARÍA: Ha salido al jardín.

COSME: ¿No tiene otra cosa que hacer a estas horas?

MARÍA: Iba con la inglesa.

- COSME:** ¿Y a ti qué te importa? Para eso está aquí.
- MARÍA:** No, si yo no digo nada.
- COSME:** Pues cállate, ¿crees que me interesa lo que puedas decir?
- MARÍA:** No, señor, perdón, no quería molestarle.
- COSME:** Si piensas algo te lo guardas y se lo sueltas a los tuyos. Aquí está de más.
- MARÍA:** Lo tendré en cuenta, señor.
- MARTA:** Ella no tenía intención.
- COSME:** ¿Vas a empezar ahora tú?
- MARTA:** No.
- COSME:** No soy yo quien debiera estar aquí dándoos lecciones, pero menos aún soy quien deba escuchar vuestras impertinencias.
- MARÍA:** No, señor.
- COSME:** ¿Por qué dices "no, señor"?; ¿por no molestarme?; ¿por intentar calmarme? Pues te equivocas, porque no estoy enfadado. ¿Qué clase de poder creéis tener sobre mí? Es una pretensión absurda. Si algo, pero fijaos bien, si algo, lo único vuestro, es capaz de irritarme, no es la estupidez ni la ignorancia que os caracteriza, sino esa falta de categoría, de dignidad, esa sumisión rastrera propia de la escoria.
- MARTA:** No tiene derecho a hablar así.
- MARÍA:** Calla.
- MARTA:** No, no me da la gana callarme y escuchar eso.

COSME: Pobre pequeña... Marta, ¿no es así? Llevas muy poco aquí, o tal vez mucho, ni lo sé ni me importa, pero aún no has aprendido nada de nada de nada sobre esta casa, y no sé si tendrás mucho tiempo más para lograrlo.

MARÍA: No hace falta llegar tan lejos.

COSME: ¿Sabes? Me voy a informar sobre ti. Sí, eso es lo que haré. ¿Te sorprende que te lo diga? Pues no debes. Quiero que estés sobre aviso. Yo no soy de los que esconden nada. El que me busca me encuentra, y tú me tienes delante.

MARÍA: La...

COSME: Basta, tú no tienes nada que ver con esto. Es ella la que debe escuchar, ¿verdad?

MARTA: Escucho.

COSME: Ya no; ya he terminado. Si quieres saber más atiende a la casa, ella me conoce. De todos modos, daos cuenta de cómo cambian las cosas; antes, al haber terminado de dirigiros la palabra os habría ordenado retiraros; ahora soy yo quien se marcha. Cuando vuelva mi hermano decidle...; ¡bah!, no le digáis nada.

MARÍA: Como quiera, señor.

(Cosme baja la escalera. Entra Inma seguida de la señorita Conway.)

INMA: Cosme, tío Cosme.

COSME: ¿Has gritado?

INMA: No confío en tu dureza de cabeza, ¿o es sólo de oído?

COSME: No puedo decir que me agrade oírte, pero me alegro de verte, aunque no te lo creas.

INMA: Cierto, no me lo creo. Mira, quiero presentarte a mi institutriz, la señorita Conway.

CONWAY: ¡Oh!, ya nos conocemos.

COSME: ¿Está usted segura?

CONWAY: Claro.

COSME: Pues se equivoca. ¿A qué hora llegasteis?

INMA: Tarde. Fuiste muy descortés conmigo al no esperarme; lo fuisteis todos.

COSME: Lo único que puedo esperar respecto a ti es que molestes menos que de costumbre.

INMA: ¿Por eso me habéis puesto una niñera?

COSME: La pregunta es tan necia que hasta tú misma te puedes responder.

INMA: He crecido lo bastante para saber cuándo estorbo.

COSME: Estorbar y molestar no son términos exactamente iguales, sobrina querida.

INMA: Pues me comprometo a realizar ambas acciones durante este verano.

COSME: El verano dura lo que dura el calor, y yo ya tengo frío.

INMA: Siempre tan glacial.

COSME: Prometes ser un juguete divertido.

INMA: Quizá, tío Cosme, pero tú no te vas a divertir; nada en absoluto.

COSME: Estoy a punto de estremecerme; a lo mejor te hago una proposición.

INMA: Sólo la aceptaré si es radicalmente deshonesto.

COSME: Lo será.

INMA: Sí, ya lo sé, pero no me la vas a hacer a mí.

COSME: Sobrina, es un placer tenerte de vuelta.

INMA: Gracias, tío Cosme.

COSME: Y lo es más que no te quedes para siempre. Señorita Conway, buenos días.

CONWAY: A usted.

COSME: Hasta luego, pequeño monstruo.

INMA: Pórtate bien, tío, y no como siempre.

COSME: Mataré en tu honor. Adiós. *(Sale.)*

CONWAY: ¿Qué ha pasado?

INMA: Cállate, estúpida, que te van a oír.

CONWAY: Pero...

INMA: Vamos. *(Sube la escalera seguida de la institutriz.)* Hola, Marta; hola, María. Hasta luego, Marta; hasta luego, María.

MARTA: Adiós, señorita.

MARÍA: Felices vacaciones.

(Inma y la institutriz desaparecen.)

MARÍA: Sufriré.

MARTA: ¿A quién le importa?

MARÍA: ¿Cómo?

MARTA: ¿A quién le importa lo que sufra ella? ¿Y yo? ¿Y lo que voy a sufrir yo?

MARÍA: Eres muy mayor para tener exigencias de lástima.

MARTA: Soy frágil, débil; tú lo sabes, lo has dicho.

MARÍA: Quizá me he equivocado. Tan sólo dabas esa apariencia, pero ya no.

MARTA: Pues te equivocas; es ahora cuando estoy realmente asustada.

MARÍA: Preocupada; asustada no, en todo caso preocupada.

MARTA: María, no me tomas en serio.

MARÍA: No cuando deliras, y lo que ahora dices es una absoluta tontería.

MARTA: Ese hombre me ha amenazado.

MARÍA: Ese hombre, por una vez se quiere acostar contigo.

MARTA: ¡María!

MARÍA: No era otra cosa. Estaba verdaderamente impresionado; y yo también, no te creas.

MARTA: Pero si yo no he dicho nada.

MARÍA: Pero él sí; le has obligado a hablar, se ha excitado por ti.

MARTA: ¿Por mí?

MARÍA: No te hagas la tonta y saca de él lo que puedas.

MARTA: Tú entiendes de esas cosas, yo no.

MARÍA: ¿Qué hay que entender? Marta, no hagas que me vuelva atrás.

MARTA: ¿En qué?

MARÍA: En pensar que eras más lista de lo que sueles parecer.

MARTA: De lista no te pases tú. Aquí no ha pasado ni va a pasar nada de lo que dices. Lo cierto es que tú le has dicho algo y él la ha tomado conmigo, y ya estoy harta de pagar las culpas de tus cosas.

MARÍA: Te estás poniendo en ridículo.

MARTA: ¿En ridículo, yo? ¿Ante quién? ¿Ante una sucia ramera?

(María abofetea a Marta.)

MARTA: Seguro que puedes hacerlo mejor.

MARÍA: ¿Quieres probarlo ahora?

MARTA: ¿Te crees que ya me he olvidado?

MARÍA: Quizás confío en ti, pero no en tu memoria.

MARTA: ¿Te fías de mí?

MARÍA: He dicho quizás.

MARTA: Yo en ti también.

MARÍA: ¿También te fías?

MARTA: También quizás.

MARÍA: Te echo de menos.

MARTA: Mientes muy mal.

MARÍA: Será mentira, quizás.

MARTA: ¿De quién es la culpa?

MARÍA: Lo sé.

MARTA: Conmigo no hay problema.

MARÍA: También lo sé.

MARTA: Tómame tu tiempo.

MARÍA: Aún no sé cuánto.

MARTA: El que quieras.

MARÍA: ¿Y luego?

MARTA: ¿Y antes?

MARÍA: Sí, ya sé.

MARTA: Entonces...

(Se callan. Sube Ernesto, vestido como un perfecto mayordomo. Se para ante ellas, las mira y abofetea a María. Desaparece por arriba. María llora; Marta la consuela.)

MARÍA: No volverá a tocarme ese cerdo.

MARTA: No, calla.

MARÍA: Lo mataré.

MARTA: Vamos, ya no importa.

MARÍA: Estoy muy sola.

MARTA: Lo sé; todos lo estamos.

MARÍA: Tú tampoco me quieres.

MARTA: No, pero da igual.

MARÍA: ¿Tú crees?

MARTA: Seguro, ya lo verás.

ESCENA TERCERA

(Dormitorio. Pedro, el padre, está leyendo la prensa en la cama. Ernesto prepara los útiles de afeitarse, y afeitase y viste a Pedro sin que este se levante.)

PEDRO: Indiferente.

ERNESTO: Es sólo una primera impresión.

PEDRO: Una certeza.

ERNESTO: Una intuición; a lo más, una opinión.

PEDRO: Una consideración, esa, un tanto atrevida.

ERNESTO: Una deducción lógica, consecuente.

PEDRO: La mía.

ERNESTO: La suya, no.

PEDRO: Impertinente.

ERNESTO: Coherente.

PEDRO: ¿La impertinencia?

ERNESTO: Mi afirmación.

PEDRO: Me sigue dejando indiferente.

ERNESTO: Una opinión mal argumentada.

PEDRO: Tengo derecho a mi propia opinión.

ERNESTO: En esto no lo dudo.

PEDRO: ¿En algo sí?

ERNESTO: Opine como quiera.

PEDRO: Está bien; hazla venir.

ERNESTO: Ese cambio me sorprende.

PEDRO: Te concedo un margen.

ERNESTO: No lo haga por mí. No la llamaré.

PEDRO: ¿Y esa contradicción?

ERNESTO: ¿Ahora también le importa?

PEDRO: Todo no.

ERNESTO: Todo.

PEDRO: No la llames si no quieres.

ERNESTO: Ya no quiero.

PEDRO: A tu gusto. Me aburre esta discusión.

ERNESTO: El aburrimiento del señor es mutuo.

PEDRO: Pero si te decides a llamarla, no dejes de decírmelo.

ERNESTO: Tendría gracia.

PEDRO: ¿El qué?

ERNESTO: ¿El qué tendría gracia?

PEDRO: Sí, ¿el qué? Ignorar o despreciar gracias y favores es una seña de espíritu mezquino que por edad no me conviene permitirme.

ERNESTO: A su edad es difícil creer que las consecuencias de un favor desdeñado tendrán tiempo de volverse contra uno.

PEDRO: Haciendo como que no entiendo las últimas implicaciones de lo que dices, te recuerdo que lo verdaderamente difícil es lograr el tiempo justo, el momento, para reparar un error.

ERNESTO: Habla desde un punto de vista; desde el otro cuenta cuándo y cómo castigarlo.

PEDRO: No te pierdas donde no te requiere tu posición. El castigo puede ser gracioso para quienes podemos ejercitarnos en él por naturaleza, pero la gracia de que hablabas no veo en qué se relaciona con este tema nuevo tuyo de la venganza.

ERNESTO: La venganza y los errores no son aspectos contrapuestos.

PEDRO: Ernesto...

ERNESTO: Nada señor, ya se me ha olvidado. De todos modos haré lo que pueda.

PEDRO: Bastará con que lo haga ella.

ERNESTO: Y que usted responda.

PEDRO: Y que yo responda, sí, pero la culpa con la última fue suya.

ERNESTO: No volverá a pasar. Ya he empezado a castigarla.

PEDRO: Eso es cosa tuya. Asegúrate de que la próxima tenga la experiencia asegurada.

ERNESTO: ¿Confirmada? No querrá que la pruebe yo mismo.

PEDRO: Ya sabes con qué tengo suficiente y me conformo. Lo demás es superfluo. Si crees que no sabrás cumplir, no te preocupe y dímelo; mi hijo se encargará.

ERNESTO: ¿Le quedará tiempo?

PEDRO: Tiempo no sé; ganas, seguro. En todo caso consúltale. No vamos a desperdiciar la ocasión de tener un experto en casa.

ERNESTO: ¿Experto en probar?

PEDRO: En conocer.

ERNESTO: Más fácil es consultar al oráculo que a su hijo. Al menos aquel no se mueve y basta con viajar a él; a Grecia creo que es. Pero ni con cita previa encontraría al muchacho en casa.

PEDRO: Cita que mueve a cita. No te das cuenta de lo gracioso que puedes ser.

ERNESTO: Búrlese si puede. Lo carnal no es un problema mío.

PEDRO: Si Dios quiere, lo será, y yo lo veré.

ERNESTO: Hablaré con el señorito Damián cuando vuelva, y con suerte vendrá de parlamentar con alguna mujer que le convenga.

PEDRO: Un hombre que sabe del mundo exterior, ese es mi hijo Damián. Un hombre que vive la experiencia.

ERNESTO: No seré yo quien diga algo en contra del buen joven que, al parecer, habita entre nosotros, pero experiencia tenemos todos.

PEDRO: ¿La de rechistar?

ERNESTO: La de matizar, simplemente, y la de recordar que debe de haber dos señoritas esperando para desayunar.

PEDRO: Mi silla. Esa espera en un cuerpo joven no importa si es por alimento, pero si el objeto es un viejo de otros tiempos sacará de esas dos mujeres, presumiblemente angelicales, dos cascarrabias a la altura de nuestra edad.

DAMIÁN: *(Entrando, mientras Ernesto termina de instalar a Pedro en una silla de ruedas.)* En tu nieta, eso es seguro; pero la otra, ¡ah, la otra!, una boquita tan delicada que no aguantaría ni el leve golpe de un beso superficial.

ERNESTO: ¿Y eso lo sabe por experiencia o por deducción?

DAMIÁN: Por intuición.

ERNESTO: ¿Femenina?

DAMIÁN: Femenina... no. Pero te avisaré si cambio de parecer.

ERNESTO: No esperaré eternamente.

DAMIÁN: Por las barbas de mi padre ha pasado una cuchilla afilada; ¿tu lengua, quizás?

PEDRO: Suficientes utilidades tiene ya esa lengua. No seas tan generoso y no añadas más.

DAMIÁN: Guardaré todo el filo para mí. Bastará con eso.

PEDRO: Bastará con que no vuelvas a aparecer en los instantes justamente precisos.

DAMIÁN: ¿Debo entender que hablabais de mí?

ERNESTO: Una conversación que no se hacía para ser escuchada tras la puerta.

DAMIÁN: Mi buen, es un decir, Ernesto: el riesgo de perder por un obstáculo las palabras de mi padre es absurdo, y a la vez no hay puerta capaz de acallar las tuyas.

PEDRO: Si no te conociese me sentiría halagado incluso.

DAMIÁN: Confiesa que te agrada mi ostentación repentina de amor filial. Por otro lado, el servicio que me pides me disgusta.

PEDRO: Aún no te he pedido nada.

DAMIÁN: Padre, las puertas.

PEDRO: ¿Aún escuchan?

ERNESTO: Lo hicieron. ¿Por qué no?

DAMIÁN: Ernesto, por ti.

ERNESTO: Acabáramos.

PEDRO: ¿No lo crees?

DAMIÁN: Y hace bien.

ERNESTO: También bien lo conozco.

DAMIÁN: Son ya muchos años. Tantos.

ERNESTO: No me preocupa la edad.

DAMIÁN: No le preocupa la edad.

ERNESTO: Privilegios de la misma.

DAMIÁN: ¿De los viejos? ¿A ti tampoco te preocupa, padre, o a tus años ya no hay tiempo?

PEDRO: Si venías a saludar, aún no lo has hecho; y si venías a desayunar, me espera otra compañía.

DAMIÁN: Tan sólo pretendía adelantarme a tus deseos y estar presente allí donde se me invocaba; en cuanto a tus invitadas, no rechazarán que me instale junto a ellas, y a tu lado. Pero insisto, ¿cómo le va a sentar a Ernesto que yo ocupe su lugar?

PEDRO: Nadie ha hablado de sustitución...

DAMIÁN: Yo sí.

PEDRO: ...sino de consejo, de asesoría.

DAMIÁN: ¿Una transacción comercial?

ERNESTO: Mi labor es de servicio.

DAMIÁN: Viciosillo. Está bien; pensaré en algo.

ERNESTO: Un trabajo agotador.

DAMIÁN: Sabemos que no lo sabes bien.

PEDRO: Ernesto, déjame un momento a solas con mi hijo.

ERNESTO: ¿He dicho alguna inconveniencia?

PEDRO: No finjas y márchate.

ERNESTO: Está bien, señor; esperaré fuera.

DAMIÁN: Lamento que te pierdas el final.

ERNESTO: Las puertas oyen para todos. *(Sale. Pausa.)*

DAMIÁN: Ahora que por fin me escucha habré de confesar: nada como un pequeño pomo de acíbar para agilizar neuronas y empezar en forma el día.

PEDRO: Caso que no es el tuyo.

DAMIÁN: ¿El acíbar? No, por favor.

PEDRO: El día. Empezarlo.

DAMIÁN: Ya me conoces. No hace falta entrar en detalles.

PEDRO: No lo necesito, y esa es tu ventaja. ¿Cuántos años?

DAMIÁN: Diecisiete...

PEDRO: No está mal.

DAMIÁN: ...y treinta y tres. Decían que madre e hija. Puede ser, nunca se sabe.

PEDRO: ¿Convenientes para mí?

DAMIÁN: Demasiado directo, ¿no te parece?

PEDRO: Tengo prisa.

DAMIÁN: Urgencia obliga.

PEDRO: Eso mismo.

DAMIÁN: He dicho que no.

PEDRO: No me limitaba a sugerir.

DAMIÁN: Pide consejo a mi hermano.

PEDRO: ¿Ernesto no agota tu acíbar?

DAMIÁN: Siempre llevo una carga de repuesto.

PEDRO: Conmigo no es decente.

DAMIÁN: Yo te diré lo que no es decente.

PEDRO: Luego te niegas.

DAMIÁN: Es lo que haría un buen hijo.

PEDRO: De esos no me quedan.

DAMIÁN: Ese no es mi problema.

PEDRO: Puedo hacer que lo sea.

DAMIÁN: Lo sé.

PEDRO: ¿Entonces?

DAMIÁN: ¿Cómo la necesitas? ¿Melindrosa, explosiva, ingenua?

PEDRO: Que funcione.

DAMIÁN: Eso es fácil.

PEDRO: No confíes tanto en mí.

DAMIÁN: ¿Cuándo?

PEDRO: ¿Cuándo, qué?

DAMIÁN: ¿Cuándo la quieres?

PEDRO: No hay que apresurarse. De momento sólo tienes que pensar en ello y estar preparado para cuando surja alguna necesidad. Eso no significa que ahora dependa de ti; Ernesto me sigue sirviendo igual que siempre.

DAMIÁN: Lo tendré en cuenta.

PEDRO: Y no actúes con tanto misterio. No se trata de nada especial.

DAMIÁN: Para ti, sí. ¿Necesitas algo más de mí o podemos bajar al comedor?

PEDRO: Nada que no hayamos comentado tu hermano y yo.

DAMIÁN: Mi ausencia de dos días se me hace corta.

PEDRO: De tres.

DAMIÁN: No soy bueno en matemáticas.

PEDRO: Ni en economía.

DAMIÁN: O te sirvo a ti o a la ciencia. Tú decides.

PEDRO: Sirve al diablo, si quieres, pero sirve bien.

INMA: *(Entrando, seguida de Ernesto y la señorita Conway.)* Si yo fuese otro tipo de invitada, me sentiría ofendida.

DAMIÁN: Insultada, querrás decir.

INMA: Experto en todo, gracias.

ERNESTO: Lo siento, señor. Le dije que aguardase, pero...

PEDRO: Está bien, Ernesto. Me temo, querida nieta, que tú no eres ningún tipo de invitada: la casa es tuya también.

INMA: Si fuese cierto eso, la casa me tendría algún respeto y no me seguiría tratando de manera tan infantil.

DAMIÁN: Respeto es el que te falta por presentarnos, siquiera a tu abuelo.

INMA: Dudas de mi educación pero ignoras mi confianza. Abuelo, ¿deseas recibir el saludo remilgado y a la vez empalagoso de una niña con tirabuzones?

PEDRO: Prefiero el pelo al natural, como las almejas.

INMA: Abuelo, vas a escandalizar a la señorita Conway, pero da igual. ¿Sabes que te he echado de menos?

PEDRO: Nunca hubiera pensado otra cosa. ¿A Damián también?

INMA: Hola, tío Damián. ¿Cómo está usted? Yo muy bien, gracias.

DAMIÁN: Sobrina, es un placer tenerte de vuelta.

INMA: Y más que no sea para siempre, ¿verdad? Es lo mismo que ha dicho el tío Cosme.

PEDRO: ¿Te ha dado tiempo a verlo? No recuerdo que acostumbrases a madrugar.

DAMIÁN: Las normas del colegio son cada vez más rígidas. Me ocupé personalmente.

INMA: Volveré a la holganza estival.

DAMIÁN: Tu institutriz tiene órdenes estrictas en contra. Por cierto, que la alegría de verte me hace descortés. Buenos días, señorita Conway; es una suerte tenerla por fin entre nosotros.

CONWAY: ¡Usted es Damián! Me temo que he confundido a su hermano con usted. Me habrá considerado estúpida.

INMA: Lo habría hecho de todos modos. Es siempre así.

DAMIÁN: No haga caso. Es un error comprensible, y en definitiva el culpable soy yo, por ser el gemelo menor y por no haberla advertido. Un nuevo fallo mío que, espero, sabrá perdonar.

CONWAY: No sé qué decir. Me siento abrumada.

DAMIÁN: No se preocupe. Su encanto habla por usted.

INMA: ¿Eso se aprende en la escuela o es cosa de familia?

PEDRO: Aquí todo es natural.

DAMIÁN: Señorita Conway, no la he presentado. Permítame. Mi padre, la señorita Conway.

PEDRO: Me es raras veces dado contemplar un ejemplo tan acabado de modestia e inocencia. Le aseguro que es un honor para mí.

CONWAY: Espero saber corresponder a sus elogios.

PEDRO: Y discreta. Puede que por una vez mi hijo no haya elegido mal.

INMA: Llevo horas levantada y me muero de hambre. ¿No podemos continuar esta interesante conversación en el desayuno?

PEDRO: Olvidaba que irrumpiste en mi habitación por exceso de espera, y no por verme.

INMA: Sois vosotros los que no quisisteis esperarme y verme anoche. Ernesto fue el único que nos hizo los honores de la casa.

DAMIÁN: Y como tú eres mejor que nosotros, no podías aguardar para expresarnos tu cariño.

INMA: La verdad es que nos ha dado tiempo para bajar al jardín y enseñarle el lugar a mi institutriz.

DAMIÁN: Entonces, ¿para qué tanta prisa?

INMA: Quería ver tu cara cuando el abuelo te hablase de tu compromiso nupcial.

PEDRO: Eso es algo que ni te importa ni deberías saber. Ernesto, vamos al comedor. ¿Sigues queriendo acompañarnos?

DAMIÁN: No, aprovecharé para arreglarme y vestirme de día.

PEDRO: Perfecto. Hablaremos después. Inma, acompaña a la señorita Conway, y tras el desayuno iremos al jardín. El aire de verano será perfecto para mi respiración. ¡Ernesto!

ERNESTO: Sí, señor. *(Salen.)*

ESCENA CUARTA

(Escalera de un cabaret. La cantante la baja mientras habla dirigiéndose al supuesto público del local.)

CANTANTE: Bravo, magnífico, ya estamos todos, todos aquí, conmigo. Habéis venido para verme y me veréis, para escucharme y me escucharéis, para tocarme y alguno, quizá, me tocará. No desesperéis; dejad fuera vuestros malos pensamientos. Os quiero, os quiero a todos, y prometo haceros felices siquiera esta larga, larga noche en que venís a mí. Además, la única triste soy yo, la única con derecho a quejarse. Porque vosotros no lo sabéis, pero yo estaba ahí dentro con mis lentejuelas, con mis plumas, y qué plumas tan bonitas tengo, ¿verdad?, suavécitas y no pican nada de nada, pero solita, vestida así y solita, sin nadie con quien hablar o que me hiciera compañía. Y lo más triste de todo es que yo os estaba oyendo llegar, hablando y riendo, con lo ruidosos que sois, pero sin acordaros de mí. Y yo pensaba: ¡qué chicos tan malos, tan egoístas!, que no se preocupan de su pobre chiquitina aquí, tan olvidada. ¿No creéis que es desolador? Pero entonces me dije: tonta, igual ni siquiera saben que estoy en este lugar. Y claro, cómo ibais a echarme de menos en tal caso. Así que he decidido que lo mejor es salir, llegarme hasta vosotros y mostrarme como soy desde que nací. Bueno, quizá un poco más gordita. Ahora sé que me queréis y me siento deseada, y os deseo yo también y lograré que esta noche os sea inolvidable. Porque vosotros me amáis y yo os amo a mi vez; especialmente a ti, amado mío. *(Comienza a cantar "Amado mío".)*

ESCENA QUINTA

(Jardín. Ernesto conduce la silla de Pedro. Inma y la señorita Conway los acompañan.)

PEDRO: La rectoral no ha perdido nada de su encanto...

CONWAY: ...ni el jardín de su esplendor.

PEDRO: ¿Lo conoce?

CONWAY: Soy inglesa.

PEDRO: Pero joven. Demasiado incluso.

CONWAY: En mi país, la juventud es el momento de adherirse a las tradiciones que fortifican la madurez. Y yo soy muy tradicional.

PEDRO: Y madura, por tanto.

INMA: O tal vez vieja.

PEDRO: Ernesto, ¿te importa reprender a mi nieta? Me cansaré si empiezo demasiado pronto.

ERNESTO: La señorita María Inmaculada nos contagia el cansancio a todos pero ella jamás lo padece. Es un raro caso de inmunidad.

PEDRO: No repliques, Inma. Respeta una victoria ajena.

INMA: Yo también he madurado, abuelo. He aprendido que conceder pequeñas batallas hace más sorpresiva la lucha final.

CONWAY: Sorprendente.

PEDRO: ¿Usted cree? Le concede excesivo valor.

ERNESTO: Capacidad.

CONWAY: No me he expresado bien. Pretendía corregir ese americanismo, "sorpresiva".

INMA: No ingeniosa, sino ingenua, institutriz. Se burlaban de usted.

CONWAY: Carecería de mérito. No sé las reglas del juego.

PEDRO: ¿No es usted maliciosa?

INMA: No, no lo es. No la atosigues.

PEDRO: Mi intención no era molestar.

INMA: Si la agotas o la instruyes, me dejarás sin diversión.

PEDRO: Ya ve que su trabajo es más difícil de lo que parece.

CONWAY: En dos días es imposible conocerse, pero terminaremos siendo buenas amigas.

PEDRO: Indudablemente.

INMA: ¡Qué ilusos sois! Terminaremos mucho mejor que eso. Al final del verano seremos madre e hija.

CONWAY: No quiero invadir un espacio que no me pertenece; una relación.

INMA: ¿Cree acaso que hablo en sentido figurado?

PEDRO: Sus profesores dicen que mi nieta es una niña muy inteligente para su edad, y estoy de acuerdo.

INMA: Yo no. Puedo ser inteligente pero no una niña. Rechazo ese trato infantil.

ERNESTO: Por un instante temí un arrebato de humildad.

INMA: Ernesto sí me conoce, abuelo. ¿Por qué no es él mi institutriz?

ERNESTO: Dudo que me ajuste a la nueva pedagogía.

INMA: La niña buena aprende el Catón.

ERNESTO: La letra, ¿recuerdas cómo entra?

PEDRO: En letras está muy puesta...

INMA: Versada.

PEDRO: ...la niña. Por sí misma descubrirá el verdadero alcance de su labor.

INMA: ¿Me puedo aburrir?

PEDRO: Todos lo consideraríamos una descortesía.

INMA: Quiero decir ahora, y he pedido permiso. Es para irme a pasear. Me canso y necesito ejercicio.

PEDRO: En tal caso es simplemente una impertinencia, pero esa es una de tus virtudes más celebradas.

INMA: Permiso concedido, entonces. Ya volveré.

CONWAY: ¿No deberíamos quedar a una hora determinada?

INMA: No suelo repetirme porque es una falta de imaginación. He dicho que ya volveré. Ernesto, señorita Conway, a vosotros os veré más tarde. A ti, abuelo, te digo adiós.

ERNESTO: ¿No piensas volver a ver a tu abuelo?

INMA: Yo sí quisiera, pero nada es seguro en esta vida, ¿verdad?

ERNESTO: ¡Con cuánta experiencia de la misma hablas!

INMA: Búrlate, que aún puedes. Me voy, adiós. (*Se marcha.*)

ERNESTO: Cada vez la encuentro más extraña.

PEDRO: Es una edad difícil en las niñas, y en las mujeres. Ernesto, márchate tú también; me voy a quedar un rato al calorcito y en la sombra, y no te necesitaré. En todo caso, la señorita Conway me llevaría de vuelta a la casa. No le importa, ¿verdad, querida?

CONWAY: Don Pedro, por favor; lo haré con mucho gusto.

PEDRO: Estaba seguro. Puedes irte.

ERNESTO: Como quiera, señor. Señorita. (*Se va.*)

PEDRO: Usted no se habrá dado cuenta, pero Ernesto sí. Puede aprender mucho de él, si me permite decirlo.

CONWAY: Sería una obviedad decir que está en su casa, pero confieso no saber a qué se refiere.

PEDRO: A algo tan simple como haber hecho que nos dejasen solos. Y es que comprenderá usted que debemos tener una conversación, independientemente de lo que ya haya hablado con mi hijo.

CONWAY: Por supuesto, don Pedro, y me alegra comprobar que le preocupa la educación de su nieta. Conozco mis obligaciones y responsabilidades, y sé que un entorno familiar cargado de afecto es el más adecuado para la correcta formación de la infancia. Siempre, claro, que ese afecto no derive en excesiva complacencia y concesiones caprichosas.

PEDRO: No me equivoco si afirmo que acaba de finalizar sus estudios. ¿Es así?

CONWAY: En efecto, aunque todos los pormenores de mi historial fueron revisados por su hijo, y usted los conocerá.

PEDRO: Esos detalles menores son competencia exclusiva de mis hijos, de los dos. Hace mucho tiempo que se ocupan de que sólo me lleguen los asuntos realmente importantes. Si hice referencia a su bisoñez es porque la manifiesta sin disimulo posible.

CONWAY: Disimular y mentir son conceptos afines, y en mi profesión se valora la sinceridad.

PEDRO: En su profesión y en cualquier otro oficio de servidumbre.

CONWAY: Puede ser cierto. Carezco de datos en contra.

PEDRO: No se irrite sin necesidad. Es una fatiga que repercute negativamente en el estado del humor. Me refiero a lo evidente de que usted todavía no ha aplicado, y no por nada sino por su envidiable juventud, la sabiduría que ha adquirido en sus estudios con la brillantez que se le supone. Advierta que no le hablo así por mi mayor inteligencia, capacidad o posición social, sino desde la experiencia de la edad. Y si es usted la mitad de receptiva de lo que aparenta, no necesitará llegar a la mía para saber que la realidad es taimada, y demasiado encubierta para responder tan fácilmente a sus, por otra parte, imprescindibles conocimientos.

CONWAY: Como usted mismo ha señalado, razones exclusivamente de edad son las que me han impedido demostrar hasta ahora que soy una profesional, creo, eficiente.

PEDRO: Y enérgica y, lo noté en el desayuno y en este momento, con británica prevención a perder la compostura. En mis tiempos, las institutrices eran francesas; quizá por eso el romanticismo ha pasado a la historia.

CONWAY: Mi director de estudios informó a su hijo personalmente.

PEDRO: Dejemos de hablar de usted. Es su primer día y terminará sintiéndose a la vez interrogada, cohibida y belicosa. Una mezcla explosiva e insana para una personalidad delicada.

CONWAY: ¿Cree que debo guardar mis energías para su nieta?

PEDRO: Creo que su relación con Inma las beneficiará a las dos, y yo ganaré el cielo con esta obra de misericordia.

CONWAY: Yo soy anglicana.

PEDRO: Más a mi favor. Hábleme de Inma, la señorita María, como la llama usted.

CONWAY: No la he tratado lo suficiente.

PEDRO: Me interesa su primera impresión. Como se descubre al asesino en las películas.

CONWAY: ¿O en las novelas de misterio?

PEDRO: Eso mismo. Aprovechese de su país.

CONWAY: Es una niña adorable.

PEDRO: Creí que no íbamos a hablar de usted.

CONWAY: Sus hijos han asimilado el modelo muy bien.

PEDRO: Habla por hablar: sólo conoce a uno. Pero no hay mérito alguno en que los hijos se parezcan a sus padres.

CONWAY: ¿Su nieta participa de ese parecido familiar?

PEDRO: Eso es parte de lo que le pregunto, y sea sincera.

CONWAY: Tiene razón; no los conozco lo suficiente.

- PEDRO:** No le he pedido un análisis exhaustivo. Límitese a contestar.
- CONWAY:** Tiene una intuición formidable, y una personalidad dominante y más decidida de lo que cabría esperar.
- PEDRO:** No me dice nada que no sea fácil advertir. Lo que quisiera es que me sorprendiese con algún aspecto que sólo una mujer pueda captar.
- CONWAY:** Ignoro cómo es la mente de los hombres, y por eso no sé en qué nos diferenciamos las mujeres. Lo que yo haya podido observar de su nieta no podría ayudarle en absoluto. Yo apenas sé nada de ella y usted, en cambio, es su abuelo.
- PEDRO:** ¿Qué esperaba encontrar?
- CONWAY:** Nada, realmente. La información de su hijo se reducía a especificar que se trataba de una niña huérfana desde que nació, inteligente y sin problemas escolares, y que por tanto mi misión sería continuar en vacaciones su formación así en los estudios como en la educación propia de una señorita de su posición. Por eso soy yo quien le agradecería a usted cualquier sugerencia que facilitase mi relación con la pequeña María Inmaculada.
- PEDRO:** Llámela Inma; es más fácil.
- CONWAY:** Puedo transigir en eso si la hace feliz y, como le he dicho antes, creo que la felicidad es imprescindible para la correcta formación.
- PEDRO:** ¿Es feliz Inma?
- CONWAY:** Es desenvuelta, y alegre, pero no sé si el desparpajo es un síntoma de bienestar interior.
- PEDRO:** ¿Usted lo es?
- CONWAY:** ¿Feliz? Puede que ahora sí me sienta interrogada.

PEDRO: Sería estúpido por mi parte si se lo ocultara. ¿Sabe?, mi nieta me preocupa y quiero que usted me ayude con ella; por eso está aquí.

CONWAY: Lo escucho.

PEDRO: No me queda más sangre joven que la suya, y eso significa que Inma es la que puede sucederme. De Cosme no cabe esperar descendencia, y la que aún pudiera provenir de Damián..., Dios sabe qué mezcla tendría. La única que ha demostrado su pureza y su futuro es Inma, y por eso hay que darle los cuidados precisos.

CONWAY: No necesita explicarme nada de su vida privada.

PEDRO: ¿No lo considera conveniente? Puede ser, y perdone si he forzado de algún modo su pudor. Lo que debe quedar claro entre nosotros es que usted está aquí para vigilar su felicidad. Hasta ahora ha vivido siempre entre hombres, y no sólo de rudeza masculina debe entender una chica, casi una niña aún.

CONWAY: ¿Debo suponer que pretende de mí que juegue con ella?

PEDRO: Se le ha pasado la edad de tener una madre, aunque sea postiza. Usted ha de ser una hermana mayor, un ejemplo a seguir.

CONWAY: Yo puedo enseñar algo de Historia o a vestir con cierto gusto, pero jamás he pretendido servir de guía.

PEDRO: Pues le pido que dirija la excursión. En cierto modo es eso. No es difícil; le bastará con ser precisa pero dulce, sabia pero nada pretenciosa, ingenua pero a la vez realista.

CONWAY: Pero yo no sé si soy así.

PEDRO: Lo es. Lo será en todo caso, y no le pido que lo finja porque ese es un error del que hay que huir.

CONWAY: Si lo que me pide es cariño con ella, eso es fácil, y no hace falta improvisarlo porque ya pueden contar con él.

PEDRO: Habla del afecto con una facilidad peligrosamente gratuita. Hasta ahora no nos hemos equivocado con usted. Ojalá ninguno nos arrepintamos luego.

CONWAY: La señorita Inma tarda en volver.

PEDRO: Hace mucho que falta de casa. Estará recordándolo todo. ¿Tiene prisa?

CONWAY: Ninguna en especial, aunque habría que empezar a preparar las lecciones.

PEDRO: Evitemos interrumpir el desarrollo de la ciencia; retírese si lo desea.

CONWAY: No quisiera dejarlo solo.

PEDRO: Estoy acostumbrado. Así dormiré un poco hasta que sea la hora de comer. Aproveche y vagabundee a su gusto.

DAMIÁN: *(Entrando.)* ¿La señorita Conway se marcha ya? Yo que me había arreglado sólo por verla.

PEDRO: La señorita ha recibido suficientes halagos por hoy. Uno más y sufrirá de indigestión.

CONWAY: Voy en busca de la señorita. Es mi obligación.

DAMIÁN: ¡Cuánta diligencia tan poco habitual! Creo haber visto a su pequeña pupila junto al pozo. Si no le importa, la acompañaré hasta allí.

PEDRO: Ojalá tuviésemos tanto jardín que alguien se perdiera, pero no es así. Creo, además, que querías hablar conmigo.

DAMIÁN: Si un padre no conoce a un hijo puede sospecharse una falta en el pasado de la madre, pero la mía era una santa.

CONWAY: Eso no es de muy buen gusto.

DAMIÁN: Quizá necesito la atención de una institutriz.

CONWAY: ¿No tuvo una?

DAMIÁN: Tardé en averiguar su utilidad.

CONWAY: Enseñar es un oficio útil.

DAMIÁN: Acompañar es bonito, además.

PEDRO: Y gratificable, pero no lo es retener en exceso al lado de uno. He tenido mucho gusto en conocerla y hablar con usted. Llegaremos a entendernos bien.

CONWAY: Yo también lo espero. Adiós.

DAMIÁN: Todos lo esperamos. Hasta luego, señorita Conway.

CONWAY: Buenos días. *(Sale.)*

DAMIÁN: ¿Esperas mucho de ella?

PEDRO: ¿Y tú?

DAMIÁN: No creo que sea tu tipo.

PEDRO: Has de conocerme para aconsejarme.

DAMIÁN: Yo aconsejo y tú sugieres, pero escondes las alternativas.

PEDRO: Todos queremos tu bien.

DAMIÁN: ¿Estoy autorizado a disentir?

PEDRO: Y yo a insistir.

DAMIÁN: La vida es dura.

PEDRO: La fruta verde madura.

DAMIÁN: Y se pudre en el árbol si no se recoge.

PEDRO: Nadie quiere que huelas mal.

DAMIÁN: Desagradable aspiración.

PEDRO: En cualquier caso.

DAMIÁN: ¿Qué se puede hacer con una chica decente?

PEDRO: Como con todas. Ninguna pone problemas.

DAMIÁN: Temo aburrirme.

PEDRO: Engañar entretiene.

DAMIÁN: Olvidaré la seducción.

PEDRO: Practica entre horas.

DAMIÁN: Terminaré como tú.

PEDRO: Será así de todas formas. Ten un hijo que te ayude.

DAMIÁN: No presionáis lo suficiente.

PEDRO: Sugerencias, en principio.

DAMIÁN: La constancia se ejercita.

PEDRO: Dinámica familiar.

DAMIÁN: La familia se amplía.

PEDRO: Esa es la cuestión.

DAMIÁN: No tan rápido. La sobrina sabe mucho.

PEDRO: Nadie ha hablado en su presencia.

DAMIÁN: ¿Intuición familiar?

PEDRO: Intuición familiar.

DAMIÁN: La familia se amplía.

PEDRO: Demos gracias al Tiempo.

ESCENA SEXTA

(Pozo en el jardín. Inma sentada en el brocal y arrojando piedras a su interior. Entra la señorita Conway.)

INMA: En cuanto organicemos nuestra jornada de trabajo, ni se repetirán estas mañanas de holganza ni precisará de la ayuda de mis tíos para encontrarme.

CONWAY: Una niña corriente habría rehuido el trabajo o, por lo menos, no habría sido la primera en referirse a él.

INMA: Sé que no era pretendido, pero me ha hecho un cumplido. Aunque no es por pedantería que presuma de no ser todo lo normal o vulgar que otras a mi edad. Si estuviera en mi situación, lo comprendería.

CONWAY: Si las personas creyesen sólo aquello que ven, viven o experimentan, no sólo rechazarían a Dios, sino a la misma ciencia. Yo no soy así, y escucharé con atención lo que quieras decirme, aunque esté muy alejado de mí.

INMA: El problema es que yo no quiero decir nada.

CONWAY: Esa actitud expresa mucho de uno mismo.

INMA: Es cierto. No sé qué contar.

CONWAY: Curioso en alguien a quien nunca he visto callada.

INMA: Si identifica "hablar", "charlar" y "decir", no entraremos en contacto, en comunicación.

CONWAY: Realmente no diría que seas una chica vulgar.

INMA: ¿Y, además de creerlo, me comprende? No se esfuerce en contestar. Usted tiene mucha suerte. Sé que nunca ha pensado en ello, pero la tiene.

CONWAY: Prefiero confiar en mis propias fuerzas y en...

INMA: ¿...la calidad de su trabajo y el producto de su constancia?

CONWAY: Tus palabras se adelantan a mis pensamientos. Serías una difícil contrincante política.

INMA: Siempre gano al bridge, pero me aburre. Y no me refiero a la suerte en el juego, sino con la gente. Mi abuelo y mis tíos no podían haber reaccionado más favorablemente al conocerla.

CONWAY: Cordialidad propia de gentes bien nacidas, si bien tu tío Cosme descompone la veracidad de tu análisis.

INMA: Ya ha visto cómo es, y esa indiferencia ante su error es un buen síntoma.

CONWAY: Sólo tienen una primera impresión, y lo que importa es lo que piensen transcurrido un tiempo suficiente.

INMA: Tal vez el abuelo y usted no se entiendan tan bien como cree.

CONWAY: ¿Sabes tanto porque escuchas a escondidas?

INMA: Si me acusa de espiar, exijo una prueba o la reparación de mi honor.

CONWAY: Esa no es una actitud razonable.

INMA: ¿Insultar lo es?

CONWAY: Me sorprende este comportamiento tan desagradablemente inconveniente.

INMA: Escuchar conversaciones ajenas sí es desagradable, inconveniente y poco razonable. ¿Cómo ha podido achacarme una acción tan mezquina?

CONWAY: No he afirmado nada contra ti. Tan sólo expresaba mi extrañeza por que supieses ciertas cosas con una broma intrascendente. Creí que eran norma natural en tu familia.

INMA: Pues como broma ha sido poco afortunada. Usted desconoce el alcance de las palabras y no puede pretender subvertirlas.

CONWAY: ¿No decías que éramos amigas? No se riñe por algo sin importancia.

INMA: Dije que seríamos madre e hija, y ellas sí discuten. ¿O acaso nunca se sintió como adolescente incomprendida en casa?

CONWAY: Apenas nunca. Siempre hemos tenido confianza absoluta.

INMA: También han sido ambas un modelo de respetabilidad inglesa, pero yo soy mala.

CONWAY: Un acceso de rabia infantil no es raro, ni tiene nada que ver con la maldad.

INMA: Su carencia de percepción psicológica es admirable. Yo soy mala y la han traído aquí para curarme.

CONWAY: Tu abuelo jamás pensaría tal cosa de ti.

INMA: Deje en paz a mi abuelo. Si le ha dicho otra cosa ha sido mentira. Él sabe que soy mala y no le gusta. A mí tampoco, y los dos hemos puesto nuestras esperanzas en usted, en su ayuda.

CONWAY: La fantasía es un rasgo plausible en las niñas, pero la autocompasión es un vicio a corregir.

INMA: En efecto, pero no es cierto que sienta lástima por mí misma. En realidad, soy una chica con suerte.

CONWAY: ¿Como yo?

INMA: Cuento con usted, que ya ha llegado, y con quien ha de venir.

CONWAY: ¿Una hada madrina o un príncipe azul?

INMA: El suyo es un país de cuentos de hadas.

CONWAY: De magos sí, y de brujas y duendes, pero sobre todo de fantasmas. De hadas, en cambio, el surtido es menor.

INMA: ¿Y de príncipes?

CONWAY: Hay algunos ejemplares. Si me explicas el tuyo quizá sepa si se encuentra entre ellos.

INMA: No es mío en realidad. Es el héroe que deshará el hechizo que mantiene a mi madre encantada en el pozo. Él la liberará y ella volverá conmigo, me rescatará del encierro en este castillo de brujos y nos iremos en busca de mi padre perdido en los bosques.

CONWAY: ¿Y el príncipe?

INMA: Siempre tendrá otra misión que cumplir. Usted también necesita que la salven.

CONWAY: La señorita Conway siempre ha estado libre de amenazas.

INMA: Pero ahora hay un peligro que la aguarda. Un abismo.

CONWAY: ¿Me caeré por una ventana? No tengo vértigo. ¿O será el pozo el que me atraiga? Quizá me duerma con el sonido de sus ecos húmedos y perezca en el baño de su agua estancada.

INMA: Usted también es sabia. Reconoce su lugar natural y me sigue. Yo dije primero que el pozo era la casa de mi madre, y ahora lo acaba de repetir.

CONWAY: ¿Sabes? Me confirmas que la melancolía es un ámbito infantil.

ESCENA SÉPTIMA

(Escalera del cabaret. La cantante baja y habla dirigiéndose al público como en la escena cuarta.)

CANTANTE: ¿Quién de vosotros no quisiera estar aquí ayudándome a bajar con la mano extendida? Todos, pero no os dejaré. Ese es un derecho que debe ganarse, y sólo uno podrá hacerlo porque yo no doy para más. Niños malos; todos me adoráis pero ninguno me vestís con telas suntuosas. Sólo con palabras no se logra a una chica como yo. Necesito mimos, cuidados, cariños; estoy muy necesitada. Dadme esas cositas que sabéis y yo os daré mi recompensa. Pero hacedlo sin demora o me cansaré y me iré de aquí. Marcharé a otro sitio donde alguien me aguarda y me llama constantemente. Puede que un día responda y dejéis de verme. Incluso puede que os olvidéis de mí. Ay, niños malos, qué poco me queréis. Pero yo no soy así; cuando esté lejos, si me voy, aún me acordaré de vosotros y de que entre vosotros pudo estar el chico a quien amé. *(Empieza a cantar "Amado mío".)*

ESCENA OCTAVA

(Salón. Ernesto sirve una copa a Cosme.)

COSME: Nada fresco en la ginebra, pese a ese toque de Martini.

ERNESTO: Rebuscado. Pedantesco más que culto.

COSME: Dantesco y tenebroso, quieres decir, como el enebro cuyo fruto da el más transparente licor. ¿Soy o no soy de la estirpe de esta casa?

ERNESTO: Espeso, y opaco: la textura de la sangre. El divino Simone era más etéreo, angelical.

COSME: Cósmico, quieres decir. Pura apariencia en un tiempo de doble pecado por nacer dos veces: el renacimiento. ¿Estás de acuerdo, hermano?

DAMIÁN: *(Entrando.)* Creo que era anterior, pero el arte no suscita mi interés.

COSME: Del arte mi hermano sólo aprecia las musas... y sus musas otras virtudes. Mis chistes oscilan entre lo incomprensible y lo censurable por su extrema facilidad.

ERNESTO: No todo lo cósmico es cómico, y el término medio es una virtud renacentista.

COSME: Y la medida, de cualquier época y lugar. Incluso aquí, ya lo sabéis.

DAMIÁN: Tomaré lo que buenamente me quieras dar, Ernesto, salvo lo mismo que mi hermano. Al parecer le sienta mal.

COSME: Trabajar no es el mejor de los placeres; su exceso debilita la integridad de la mente y su carencia fatiga y adormece el cuerpo de naturaleza activa.

(Ernesto da una bebida a Damián y se marcha.)

DAMIÁN: Doy gracias por desconocer ese cansancio. Al menos la resaca de un mal día la sufre uno en silencio y sin castigar a los demás.

COSME: Si no disimulases, hasta mostrarías curiosidad por mi modo de vida.

DAMIÁN: Si no disimulases, me habrías dispuesto fecha para irme de viaje sin retorno.

COSME: El honor de tu cariño compensa la molestia de una jornada particularmente aburrida.

DAMIÁN: Debe de serlo. ¿Te he dicho que me sorprende verte tan pronto de vuelta?

COSME: A mí me es raro simplemente verte, y sobrio por demás.

DAMIÁN: Busco el estímulo del amor fraternal.

COSME: Eres muy mayor para mí.

DAMIÁN: Bravo, eso supera mi descaro. Aunque un exabrupto es jocoso pero no es un chiste.

COSME: Cada uno en su nivel. Somos distintos.

DAMIÁN: Y no sólo por edad.

COSME: Como te iba diciendo, hoy no tenía nada extraordinario. ¿Por qué privar, pues, a mi familia, de mi nunca mal acogida presencia a la hora del yantar? Podría parecer que celebraba la nueva estancia veraniega de nuestra bienamada sobrina.

DAMIÁN: Te compadezco. En ti la hipocresía resulta falsa; defecto imperdonable para la vida social. Será imposible hacer carrera mundana de ti ni presentarte al grupo más selecto de mis enemistades.

COSME: Precisamente en tu círculo no me seduce entrar.

DAMIÁN: Pues a alguna conozco con deseos de un rápido ingreso tuyo. Pero yo me encargo del pertinente desánimo y posterior consolación.

COSME: No sé si apruebo que disfrutes a mi costa.

DAMIÁN: ¿Qué hay de bueno en desperdiciar las ocasiones? Tampoco es agradable para mí. Si fueras como yo, podríamos buscar placeres compartidos, actos dobles, conquistas a medias, traiciones mutuas. Así no hay manera de interferirse.

COSME: Mía es la voluntad pero tuyo el ingenio; es cuestión de ejercitarlo.

DAMIÁN: Me sobran los talentos.

COSME: A los que podrías dar mejor uso.

DAMIÁN: Nuestro padre quería hablarme de eso hace un momento.

COSME: ¿Y...?

DAMIÁN: No podía consentirlo; desvié la conversación.

COSME: Creemos que sería prudente...

DAMIÁN: Soy un futurista; amo el riesgo.

COSME: ...y conveniente; una casa se resiente sin apoyos femeninos.

DAMIÁN: Hazlo tú. Considéralo una operación comercial, un vínculo contractual.

COSME: Hablamos de procreación, de... futurismo.

DAMIÁN: Mi fertilidad, que yo sepa, es un supuesto. Además, ¿qué se ha hecho del jefe de clan, trágico, asesino de otras líneas sucesorias diferentes de la suya? Me fascinaría esa imagen en ti.

COSME: Los jefes no lo somos por ser realistas, pero el realismo no es desdeñable don.

DAMIÁN: Tú no cuentas, yo no quiero, el viejo qué no daría por poder aún, los otros decidieron no existir. Esta casa se nos cae con ayuda de todos. ¡Que Dios proteja a la sobrina!

ESCENA NOVENA

(Cocina. María está de pie con la ropa desabrochada y el vientre desnudo, sobre el que Marta coloca la cabeza estando arrodillada en el suelo.)

MARÍA: ¿Oyes algo?

MARTA: No sé; no estoy segura.

MARÍA: Te lo dije; es pronto.

MARTA: Oigo algo, pero es muy raro.

MARÍA: Si es un tic-tac, es tu reloj.

MARTA: No seas tonta. Es como una caracola.

MARÍA: Por poco que me lave, en mi ombligo no ha habido cangrejos.

MARTA: Pero lo de dentro es agua; eso dicen.

MARÍA: No oyes más que el roce de tu oreja y el grito de mi hambre.

MARTA: Déjame otro rato.

MARÍA: Me haces cosquillas.

MARTA: Así te ríes, que es bueno.

MARÍA: Si por ti fuera, nacía con la sonrisa puesta.

MARTA: Risueño, sí; que no sepa lo que es tristeza ni suspiros ni llanto ni...

- MARÍA:** ...ni trabajar, a este paso. Venga, levanta, que hay que ganarse el pan.
- MARTA:** ¡Ah, qué frase más antigua! Me duele oírla. Y además, ¿qué?; ¿acaso tu trabajo no es ahora otro? Te acostarás, o te sentarás en una silla mecedora cosiendo, haciendo la canastilla, el pequeño ajuar.
- MARÍA:** ¡Anda y que no queda! Falta aún mucho para eso. Todavía es como si no tuviese nada. Ni lo noto siquiera y se me olvida.
- MARTA:** No te puedo creer. ¡Qué mentirosa eres! Una cosa así no se olvida nunca, y no se siente: se presiente mucho antes de que ocurra, y un día te levantas y sabes que es el señalado porque estás abierta y la sangre se separa y el vacío se ahueca aún más y empuja hacia afuera, y entonces buscas al macho que aguarda con su tripa prieta, rebosante del jugo que estalla y desborda y se vuelca y te ahoga y te rompe y te llena. Y tu cuerpo se estira cuando el suyo se pliega, y se aparta, pero a ti no te importa, pero tú ni te enteras, porque él se desgasta pero tú te renuevas y eres otra, más fuerte, más bella.
- MARÍA:** Fantasiosa; ojalá fuese así, pero no, porque él se retira, sí, pues que ya ha terminado, y una se estira, y es que aún está a medias. Y aunque ya esté esto dentro no se puede saber, y un día se nota algo raro, y al otro una sospecha, y hasta que no lo confirmas se tienen dudas, pero nunca certezas.
- MARTA:** Es posible, ¡qué voy a saber yo de eso! No tengo experiencia y hablo sólo de oídas, de lo que dicen algunas que entienden más que yo.
- MARÍA:** También yo sé más, pero eso no significa nada. Algún día te pasará a ti y lo hallarás distinto.
- MARTA:** No, para mí no, para otras. Para mí no son esas cosas. Aún me acuerdo de anoche con el viejo.
- MARÍA:** Otra vez con eso, no.
- MARTA:** Tú has dicho que soy distinta.

MARÍA: No juegues conmigo.

MARTA: Si no me dejas.

MARÍA: Me pides demasiado.

MARTA: Yo no te he pedido nada.

MARÍA: ¡Qué bien sabes hablar sin palabras!

MARTA: Si crees que tengo algún derecho, si crees que me debes algo, eres tú la que debes actuar. Pero no te enfades, ni te abroches; no te exijo nada, ningún cambio; sé esperar mi turno.

MARÍA: Aún no sé si quiero que te llegue de nuevo.

MARTA: Me conformo, soy paciente. De ti sólo quiero escuchar tu vientre. Sigo sin oír. Soy fea y torpe y sorda. ¿Se lo has dicho ya?

MARÍA: ¿A quién?

MARTA: A él... ¿A quién de los dos?

MARÍA: A ninguno.

MARTA: ¿No lo sabes?

MARÍA: Aún no.

MARTA: ¡Alguna sospecha!

MARÍA: No es bastante.

MARTA: Así no puedes ser feliz.

MARÍA: Lo sabré a su tiempo.

MARTA: Te has confiado demasiado.

MARÍA: Aún es pronto.

MARTA: Pero deben saberlo ya. Al menos uno: te tratarán como a una reina.

ESCENA DÉCIMA

(Jardín. La señorita Conway junto al pozo. Entra Andrés.)

ANDRÉS: ¿Le pasa algo?

CONWAY: ¿A mí? No, ¿por qué?

ANDRÉS: Como la veía tan sola.

CONWAY: Estaba aquí con Inmaculada, pero se ha ido.

ANDRÉS: Inma.

CONWAY: Es verdad. De un modo u otro siempre me equivoco.

ANDRÉS: Si es sólo así, no importa.

CONWAY: Ella no parece opinar lo mismo.

ANDRÉS: ¿Inma? Déjela; es sólo una chiquilla.

CONWAY: Ahora es usted el que está en un error.

ANDRÉS: Yo la conozco desde que nació, aunque entonces yo era muy joven.

CONWAY: Todos crecemos. A la Inma que yo conozco no la llamaría una chiquilla.

ANDRÉS: Siempre fue muy lista, si se refiere a eso. Pero aunque unos seamos más o menos torpes, a cada edad nos tocan nuestras cosas. Usted misma no es mayor que yo y, aunque haya estudiado, algo debemos de tener en común.

CONWAY: La diferencia por razón de estudios es un vicio de la peor literatura del diecinueve. El entorno social es una categoría más amplia, y más fiable.

ANDRÉS: No habla con mucha convicción.

CONWAY: Si fuese inteligente, no sería institutriz.

ANDRÉS: Si no fuese inteligente, no tendría nada que enseñar.

CONWAY: Confía mucho en el profesorado. Se nota que lo ha frecuentado poco.

ANDRÉS: Las clases trabajadoras no vivimos en la ignorancia.

CONWAY: Pero necesitan un esfuerzo suplementario para librarse de ella.

ANDRÉS: Si, ¿cómo se dice: equipara?; si identifica cultura con estudios formales y largos, caerá usted en otro vicio que ya está superado.

CONWAY: Parece que hemos nacido para acumular tópicos; asumamos nuestra condición...

ANDRÉS: ...o hablemos de algo que de veras nos interese.

CONWAY: Está bien; proponga un tema.

ANDRÉS: ¿Yo? Usted, que es la maestra.

CONWAY: Busquémoslo entre los dos... No se me ocurre nada.

ANDRÉS: Tendrá que surgir solo.

CONWAY: Usted es jardinero. Recuerde que sólo las malas hierbas crecen solas.

ANDRÉS: Como muy bien dice, quien entiende de plantas soy yo, y sé dónde existen rosas silvestres.

CONWAY: ¿Y fresas salvajes?

ANDRÉS: ¿Un punto ácidas?

CONWAY: Sí.

ANDRÉS: Un poco difícil para este clima, pero siempre podemos encontrar alguna, como tema de conversación.

CONWAY: Pero breve.

ANDRÉS: Lo que dura una estación. ¿Le parece poco?

CONWAY: Una estación es el tiempo que estaré aquí, y no sé si es poco.

ANDRÉS: Se repondrá. Nos olvidará pronto.

CONWAY: O me olvidarán ustedes a mí.

ANDRÉS: La niña no. Una primera institutriz debe de ser una experiencia importante.

CONWAY: También es este para mí mi primer hogar.

ANDRÉS: El primer día del primer trabajo. ¿Quién ha hablado de olvidos?

CONWAY: ¿Olvidos? Hablamos de fresas y rosas.

ANDRÉS: Y de azucenas, y ruiseñores.

CONWAY: Y madreelvas, y mariposas.

ANDRÉS: Y colorines, y de jazmines.

CONWAY: Y de arrayanes y regatillos.

ANDRÉS: Y pensamientos, y nomeolvides.

CONWAY: Y nomeolvides.

ANDRÉS: No lo haré.

CONWAY: ¿Jamás?

ANDRÉS: De momento.

CONWAY: Quizá me apunte a este juego.

ANDRÉS: Pero practiquemos poco. Lo más duro es despedir a un compañero.
¿Usted ha dicho adiós a alguien?

CONWAY: Claro que sí. Todos los días.

ANDRÉS: ¿Y alguna vez lo ha dicho en serio?

CONWAY: ¿Y si así fuese?

ANDRÉS: Habría envidiado su suerte anterior.

CONWAY: En esta casa todos me hablan de la suerte. ¿Usted carece de ella?

ANDRÉS: Nadie está libre de amigos.

CONWAY: Ni de amores.

ANDRÉS: Al final no hay más tema que hablar de uno mismo.

CONWAY: Es la única manera de no confundirse.

ANDRÉS: La única no, pero sí la mejor. ¿Usted se confunde?

CONWAY: A menudo; con la gente.

ANDRÉS: ¿Conmigo?

CONWAY: Puede ser. ¿Lo pretende?

ANDRÉS: En absoluto.

CONWAY: ¿En absoluto sí, o en absoluto no?

ANDRÉS: Es usted la que me quiere confundir.

CONWAY: Me confunde mi trabajo; me obliga a ser madura para educar, y quizá no lo soy.

ANDRÉS: Pida ayuda.

CONWAY: ¿A usted?

ANDRÉS: Yo conozco a Inma, pero no tanto. Pídasela a ella.

CONWAY: Me confundiría aún más. Quiere que yo sea su madre.

ANDRÉS: Es otra frase vulgar, pero todos necesitamos una y ella no la conoció.

CONWAY: ¿La conoció usted?

ANDRÉS: No.

CONWAY: ¿Y a su padre?

ANDRÉS: Yo era muy joven, como ella ahora. No sé nada.

CONWAY: ¿Lo ve cómo todo se olvida?

ANDRÉS: Pues no la ayude a recordar. Por el bien de las dos.

CONWAY: ¿Por qué no?

ANDRÉS: No hurgue en el pasado y no se volverá a repetir. El pecado es de todos.

ULISES: *(Dentro.)* ¡Eh, oigan!

(Aparece Ulises corriendo. Sotana, alzacuello, sombrero: viene de viaje.)

ULISES: Rápido, vengan. Mi padre está muerto.

ANDRÉS: ¿Quién es usted?

ULISES: Me conoces, Andrés; soy Ulises. He visto a mi padre al llegar. Está solo en su silla. Ha muerto. Vamos.

(Salen Ulises y Andrés. Pausa. Les sigue la señorita Conway.)

ESCENA DECIMOPRIMERA

(Cabaret. La cantante baja la escalera cantando "Amado mío". Aparece Ulises.)

ULISES: Laura, Laura.

CANTANTE: ¿Es a mí? Te equivocas.

ULISES: Laura.

CANTANTE: Te confundes, bello muchacho; Laura murió

ULISES: Ya no soy un muchacho.

CANTANTE: Un cuerpo bello, muchacho. Es lo que veo.

ULISES: Hemos crecido, Laura.

CANTANTE: ¿Envejecido?

ULISES: Nos hemos hecho mayores.

CANTANTE: Entonces ya es tarde.

ULISES: He venido a buscarte.

CANTANTE: No sabías quién estaba aquí.

ULISES: Oí cantar.

CANTANTE: Es mi trabajo.

ULISES: Me llamabas.

CANTANTE: Había una llamada, en efecto, pero era para mí.

ULISES: Iremos juntos.

CANTANTE: Tú no puedes. No te esperan.

ULISES: Te espero a ti.

CANTANTE: Buscas a Laura.

ULISES: ¿Y no te he encontrado?

CANTANTE: No.

ESCENA DECIMOSEGUNDA

(Cocina. Marta prepara una bebida caliente que sirve a Andrés.)

ANDRÉS: No he comido nada.

MARTA: ¿Te preparo algo? ¿Un bocadillo?

ANDRÉS: No tengo hambre.

MARTA: Entonces no te quejes.

ANDRÉS: Es que no me entra nada.

MARTA: Madrugaste como siempre, y nadie ha dicho que mañana vayas a descansar. Si te quedas sin fuerzas, tú verás lo que haces.

ANDRÉS: Yo no sé lo que haré mañana.

MARTA: Lo que te digan, como todos los hombres, que estáis perdidos cuando no os dirigen. En cuanto os sacan de la rutina os quedáis parados a la espera de que alguien os señale por dónde debéis tirar. Por eso lo mismo tienes suerte y ni se fijan en ti, y así tendrás excusa para vagar un día.

ANDRÉS: No tengo costumbre de vagar, ni de ir de duelo. Si me mandan que haga algo lo tendré que hacer, y si no me quitaré de en medio, que para molestar todos valen.

(Entra Ernesto. Bebe. Sale.)

MARTA: ¿Nunca has estado de muertos?

ANDRÉS: No.

MARTA: ¿Ni has visto uno, un cuerpo?

ANDRÉS: Este era el primero.

MARTA: Yo ya ni me acuerdo. Mi madre era partera, comadrona, y le he cogido muchos niños muertos.

ANDRÉS: Esos son peores. Dan más pena.

MARTA: Ni este ni aquellos. Los de una si acaso, y aun así según cuál.

ANDRÉS: Yo creí que iba a llorar. Pero no.

MARTA: ¿Tú, y por qué?

ANDRÉS: No sé; creía. Ni siquiera impone.

MARTA: Se nota cuando los coges, y eso si vas con la idea.

ANDRÉS: Yo no lo cogí. Vamos, que no me lo cargué encima. La silla lo hizo sola y yo la empujé. Y ya en la casa no volví a verlo. Mucho trajín.

(Entra María.)

MARÍA: Dice Ernesto que si tienes ya el caldo, y que si no que te des prisa, que lo quiere el médico.

MARTA: ¿Y por qué no se lo toma en su casa? A ver qué falta hace aquí.

ANDRÉS: Mujer, era amigo.

MARÍA: Él del viejo, puede; pero el viejo de él, no.

MARTA: Ni de quién.

MARÍA: Pues no lo maldecía ni poco cada vez que no podía... ya sabéis qué.

ANDRÉS: No toda enfermedad tiene cura. Hay que entenderlo.

MARTA: Gracias a Dios.

MARÍA: ¡Ssht! Que eso ya no se puede decir.

MARTA: Cierto. Es verdad.

ANDRÉS: ¿Por qué no?

MARÍA: Calla. Me voy.

MARTA: ¿Te cansas? ¿Quieres que vaya yo?

MARÍA: No; aún estoy bien.

MARTA: ¿Sabes ya qué vas a hacer?

MARÍA: No.

MARTA: Te quedan pocas opciones. Suerte.

(Sale María.)

ANDRÉS: ¿Qué es eso que tiene que hacer?

MARTA: Nada. Estarse quieta.

ANDRÉS: Me tomas por tonto, y te equivocas.

MARTA: Tú sabrás cómo eres. A mí me es igual.

ANDRÉS: Las mujeres siempre andáis con secretos. No se os entiende.

MARTA: Aprende a ir con ellas, a ver si te enteras de algo.

ANDRÉS: ¿Y si son como tú, que no te dejas? O eso parece.

- MARTA:** No me escondo y sé cómo soy. Otros aún lloran sus dudas.
- ANDRÉS:** Eso serás tú, las noches que no duermes.
- MARTA:** ¿Ahora gustas de atisbar por las rendijas? Pues no te enteras de mucho con tu nueva distracción.
- ANDRÉS:** No soy culpable del descuido de otros. Y yo madrugo.
- MARTA:** No más que yo.
- ANDRÉS:** Pero anoche no dormiste. No sola, al menos. Y lloraste en el pasillo.
- MARTA:** Un hombre verdadero no se entera de lo que no le importa.
- ANDRÉS:** Uno no sabe lo que le importa si no se ha enterado primero. Y no hice esfuerzos por escuchar.
- MARTA:** A ti no te debo ninguna explicación. Pero sepas que no has comprendido nada de la historia.
- ANDRÉS:** Sé que no eres diferente, y puedo hacer que otras lo sepan.
- MARTA:** Tú no ganas nada metiéndote conmigo.
- ANDRÉS:** Es lo que haría cualquier hombre de esta casa.
- MARTA:** ¿Entiendes por qué no os soporto?
- ANDRÉS:** Pues no me trates como a un niño.
- MARTA:** Creí que eras distinto.
- ANDRÉS:** También yo.

ESCENA DECIMOTERCERA

(Dormitorio. Inma acostada, con un libro. Entra la señorita Conway.)

CONWAY: ¿Puedo entrar? No te vi marcharte, y pensé que quizá preferirías estar acompañada. Es un mal momento.

INMA: Gracias, señorita Conway. Se sorprenderá de lo fuerte que soy.

CONWAY: ¿Estabas leyendo? No lo conozco. ¿Es bueno?

INMA: Lo acabo de abrir. Sólo le estaba echando un vistazo.

CONWAY: ¿Hojeando?

INMA: Hojear es también hacer la hoja de las espadas, o las planchas de un buque.

CONWAY: Me gustaría navegar en un gran barco, un transatlántico, pero nunca lo he hecho.

INMA: Tampoco habrá sido herida en un duelo al amanecer. ¿Me equivoco?

CONWAY: No, por suerte esos actos están prohibidos.

INMA: El abuelo habría dicho que usted no es romántica.

CONWAY: Lo dijo. *(Pausa.)*

INMA: Estoy siendo antipática con usted.

CONWAY: Hay circunstancias que hacen comprensible el abandono de las buenas formas... si se trata de un olvido momentáneo.

INMA: La culpa es suya. Me está tratando demasiado formalmente, demasiado eficientemente, demasiado profesionalmente.

CONWAY: Quisiera saber hacerlo de otra manera. Pero no sé.

INMA: No me ayudará si no cambia. No puede ayudarme. No me quiere ayudar.

CONWAY: Quisiera cambiar; quisiera poder ayudarte, pero no sé cómo.

INMA: Usted también necesita ayuda, señorita Conway. Nadie nos quiere.

CONWAY: Yo sí te quiero.

INMA: No puedo creerla así, si me lo dice.

CONWAY: No tengo facilidad para las palabras, pero no sé hablar de otro modo.

INMA: Usted no sabe nada, señorita Conway. Usted es otra inútil y coyuntural.

CONWAY: Lo siento.

INMA: Pues no lo sienta tanto y acarícieme. ¿No ve que me hace falta?

(Caricia. Abrazo. Llanto: exteriorización del sentimiento.)

CONWAY: Mi pequeña Inma; mi dulce, mi buena, mi querida Inma, llega un momento en la vida, una edad, a partir de la cual podemos esperar que llegue el fin. Por eso los que venimos detrás debemos prepararnos para el adiós de los seres queridos. Tu abuelo era ya mayor y esto debía ocurrir un momento u otro.

INMA: Usted es tonta.

CONWAY: Debes sobreponerte. Ya sé que querías a tu amado abuelo, pero a él no le gustaría verte sufrir así.

INMA: Usted es tonta. Tiene buen corazón, pero no se entera de nada. Si lloro no es porque quisiera tanto al abuelo que no pueda hacerme a la idea de su muerte. Lloro porque no siento nada, nada; porque soy incapaz de querer.

CONWAY: Estás demasiado aturdida para pensar racionalmente. Tú querías a tu abuelo y él te quería a ti.

INMA: Se confunde siempre cuando habla de afecto. Ni él me quería, ni yo a él. Nadie quiere a otro aquí, y lo grave es eso, no la muerte de un inválido que deja de molestar.

CONWAY: Necesitas descansar. En tu lugar también yo estaría trastornada, pero no debes dejar que la excitación te haga ver las cosas como no son. Mañana será otro día y estarás mejor; este ha sido demasiado largo para todos, y no termina bien.

INMA: Mañana será distinto porque usted y yo nos habremos marchado de aquí. Sólo si nos vamos recobramos la esperanza de vivir.

CONWAY: Vivirás mucho tiempo. Eres más joven de lo que yo nunca fui.

INMA: Usted no vivirá si se queda aquí, ni mi juventud será suficiente para salvarme. Debemos irnos, crea en mí.

CONWAY: Le diré a tus tíos que suban. Quizás estés más calmada si hablas con ellos.

INMA: No lo haga. No me deje sola.

CONWAY: Es sólo un momento, y es para que ellos te hagan compañía.

INMA: No me queda nadie en quien confiar salvo usted. Y es ahora cuando debe ponerse a prueba.

CONWAY: Tus tíos no tendrán inconveniente en subir. También se lo diré a ese otro tío tuyo al que nunca has visto. Quizá él te proporcione consuelo con el apoyo de su religión.

INMA: ¿Cómo tengo que decirle que no quiero verme con ellos? Ninguno me quiere.

CONWAY: Todo el mundo quiere a las niñas buenas.

INMA: Y yo soy adorable, ya lo sé, pero lo que necesito es encontrar a mi familia.

CONWAY: Están aquí, abajo.

INMA: No. Mi familia es usted, mi madre; pero si no se da cuenta, no podremos escaparnos de aquí.

CONWAY: Me voy. No tardaré. *(Sale.)*

INMA: Señorita Conway, usted es tan buena que no comprende adónde ha venido a vivir.

ESCENA DECIMOCUARTA

(Salón. Los tres hermanos.)

COSME: A estas horas, normalmente estoy ya durmiendo o al menos acostado y leyendo: un placer solitario y sin compañía. Ahora mismo me encuentro cansado y no del todo despierto, ni activo, pero entiendo que hay obligaciones o compromisos, un cierto convencionalismo familiar en casos como estos.

DAMIÁN: En casos como estos casos.

COSME: ¿Necesitas repetirme?

DAMIÁN: Quería que te oyese tú también. Lo que dice nuestro hermano mayor, querido Ulises, tú que debes de sentirte singularmente desplazado, es que, como tal hermano mayor nuestro que es, se siente imperatoriamente incitado a presidir un velatorio o reunión familiar ordenado por las luctuosas y presentes circunstancias.

COSME: Tu capacidad para frivolizar la vida cotidiana corre pareja con mi desinterés por la misma.

DAMIÁN: ¡Desinterés! Permíteme que te conozca mejor que tú.

ULISES: Y permitidme a mí que os desconozca a ambos.

DAMIÁN: Claro, claro, Ulises; tú ya no sabes nada de nosotros. Comprenderás que a la vez nos hayamos olvidado de ti.

COSME: Y de las circunstancias de tu marcha...

DAMIÁN: ...y la de Laura.

ULISES: Os agradezco que en tan poco tiempo me hayáis dado una idea de vosotros.

DAMIÁN: ¡Qué hábil! Se nota que ve con los ojos de Dios.

COSME: Y que Su Palabra está en su boca.

DAMIÁN: Y que su amor por todo tipo de hombres, mujeres...

COSME: ...y hermanos.

DAMIÁN: ...y hermanos, no tiene límites.

COSME: Mas que los límites de su cuerpo... corporal.

DAMIÁN: ¿Carnal?

COSME: Más cuidado; es un siervo del Señor.

DAMIÁN: ¡Ah!: un siervo.

COSME: Pero de una clase..., de una clase.

DAMIÁN: Y muy especial. Yo creía tener el don de la aparición oportuna, pero lo suyo después de... uno, dos, tres, cuatro... ¡buff!: ¡tantos años!, me ha llenado de admiración. Mis respetos.

ULISES: Imagino que esta grotesca y bochornosa actitud se debe a que aguardáis una explicación.

COSME: ¡Oh, sí, explicaciones, explicaciones! Adoro las explicaciones. Son tan... tan... contingentes. ¿Qué sería del afecto sin una buena explicación?

DAMIÁN: ¿O del desprecio con ella?

COSME: Puro formulismo lógico.

- DAMIÁN:** Y racional, estoy de acuerdo. ¿Qué nos ibas a explicar?
- COSME:** Ya ves que te aguardamos expectantes.
- DAMIÁN:** Y no hay que explicar por qué. Empieza.
- COSME:** Eso, explícate. ¡Cielos!, hace que nos sintamos como hermanos.
- DAMIÁN:** ¿A que te diviertes emparejado conmigo?
- ULISES:** No es la mejor ocasión para diversiones ni este tipo de comentarios.
- DAMIÁN:** Pues el que más se ha divertido aquí has sido tú; en otro tiempo, claro.
- COSME:** Por no mencionarla a ella.
- DAMIÁN:** No hables de lo que no sabes.
- COSME:** Traidor.
- DAMIÁN:** Ya debieras conocerme.
- ULISES:** Sois un hatajo de indecencia.
- DAMIÁN:** Te lo dije: el pobrecito estaba solo y añoraba el hogar.
- COSME:** Se aburría. Nadie atentaba contra su exquisita sensibilidad.
- ULISES:** He vuelto..., he vuelto porque alguien, desde luego no vosotros, me llamó.
- COSME:** ¡Ah! Una llamada.
- DAMIÁN:** La vocación.
- COSME:** Escucha y calla.

ULISES: No sé por qué no me levanto y me voy.

COSME: ¡Una idea! Les enseñan a pensar.

ULISES: Pues no me voy porque también enseñan que el tiempo ni es infinito ni se debe perder. Y si después de estos años vine es porque algo me arrastró. Y cuando emprendí el viaje me pregunté qué era ese algo y cuál sería mi reacción, y la de mi padre, al encontrarnos, y me pregunté quién de los dos pediría primero perdón. Ahora eso no lo sé, y que Dios redima mis pecados, pero lo cierto es que en vosotros jamás pensé, y mucho menos imaginé que hubieseis deteriorado esta casa más de lo que yo mismo la ensucié.

DAMIÁN: ¿Fatigado, hermano Ulises? Descansa. Te tomas mucho ardor por nosotros y no lo merecemos ninguno de los tres, ni de los cuatro que llegamos a ser, ¿recuerdas? Tus feligreses y tú aprovecharéis mejor el valor de tus discursos. Aquí son sólo ondas que chocan contra las paredes, agrietándolas.

COSME: El hermano Damián tiene razón; nadie grita en la familia. No es preciso. Estás en tu derecho de creer que somos fríos, insensibles y poco conmovidos por la muerte del padre. Tampoco tú lo estuviste cuando desapareciste sin más referencias posteriores que las que dejabas llegar por medio de terceros. Ella hizo lo mismo poco después. Y de pronto resurges como si fueses tú un milagro, y no su relator, y te quejas por la falta de un cariño que ignoraste y que ahora pretendes enseñar. Antes os hacían más realistas.

DAMIÁN: Diferenciamos tu presencia de su muerte, y lo que hacemos lo hacemos contra ti. A partir de hoy esta casa es terreno nuestro, y tú quedas excluido.

COSME: Pero con el consuelo de haber contribuido a la unión de tus dos hermanos.

DAMIÁN: Nos defenderemos, nos apoyaremos, nos criticaremos, nos odiamos, lo que sea, pero será entre nosotros, los que no tuvimos que marcharnos de aquí. Lo que sea de los demás no nos importa.

COSME: Igual que hasta ahora no os hemos importado.

ULISES: Rezumáis mezquindad.

DAMIÁN: Pero es tu deber enjuagarla, predicador.

COSME: Y bebértela después, o hacer de ella una reliquia.

ULISES: Mezquindad y odio es lo que tenéis, pero yo no puedo sentir desprecio por vosotros. En las apuestas juveniles se juega el resto de la vida, y a mí me ha tocado perder. Tal vez sea ese el significado del impulso que me trajo: aumentar la cualidad de mi castigo, negarme el perdón de mi padre y ser el objeto de vuestra aversión más abyecta y vil, y más justificada. Ahora sé que carezco de otro hogar que la casa de Dios, a la que aún no soy digno de acceder. Mi pecado es grande y mi penitencia no ha cumplido aún. Rogad por mí, como yo rezaré por vosotros.

DAMIÁN: Conmover, ¡de verdad!, si no supiese que sois tan hipócritas, maleando sin fatiga porque confiáis en el arrepentimiento final. Pobrecito Ulises, que esperas tanto de la vida: si no te quiere tu familia, ¿quién te va a querer?

ULISES: Vine buscando el afecto de mi padre y me llevo la esperanza en la bondad de mi Señor. Dios es grande.

COSME: Lo es, lo es, pero eso ya no sirve, y debiste haberlo recordado cuando... ¡caramba!, ¿ha estado alguna vez toda la casa en la misma habitación?

CONWAY: (*Entrando.*) Disculpenme si les molesto.

DAMIÁN: No se disculpe, señorita Conway. Discutíamos con nuestro hermano un problema religioso... referente al entierro del padre de todos nosotros.

Por cierto, Ulises, que no sé si te hemos presentado a la señorita Conway, la institutriz de tu sobrina Inma.

ULISES: Nos hemos visto a lo largo del día. Señorita Conway.

CONWAY: Lamento que nos hayamos conocido en tales circunstancias, padre.

COSME: Tales, gran filósofo. Eso dicen.

DAMIÁN: Pero usted venía por algo concreto. En qué podemos servirla.

CONWAY: Se trata precisamente de Inma. Es tan joven que no ha logrado asimilarlo, y está muy inquieta.

COSME: Con más motivo debería estar acompañándola; ¿no cree?

CONWAY: Quizá me equivoco. No he querido interrumpir su reencuentro porque entiendo que hace mucho que no se veían, y tendrán recuerdos que compartir, pero su sobrina tiene una crisis... de afecto posiblemente, y se sentiría mejor si alguno de ustedes hablase con ella.

DAMIÁN: Es perfectamente comprensible. Su abuelo ha muerto el mismo día de su llegada, y es una impresión excesiva para esa sensibilidad suya tan... artística. Ulises, tú que estás en su misma situación, puesto que acabas de llegar, quizá serías el adecuado para ayudarla a entender y superar estos momentos.

COSME: Así podrías generar en ella la confianza que debe haber entre un tío y una sobrina, y que por no conocerlos no puede existir. Además, tu experiencia del hecho religioso quizá podría actuar benéficamente sobre ella para devolver la paz a su espíritu y la tranquilidad a su conciencia.

CONWAY: Aunque su religión y la mía no coincidan, el sonido de la Palabra de Dios es siempre idóneo para acoger a los niños y que se apoyen en él.

ULISES: La palabra de mis hermanos también merece ser escuchada. Si tiene la bondad de guiarme.

COSME: No es necesario porque recordarás el camino. Duerme en tu antigua habitación, junto al dormitorio de la que fue su pobre madre.

DAMIÁN: Pobre hermana. Una pena, sí.

(Sale Ulises.)

DAMIÁN: Usted quédese. Es preferible que tengan esa conversación a solas.

CONWAY: Me retiraba para no molestarlos.

DAMIÁN: Usted no puede molestar; su constitución se lo impide.

COSME: Desde que la contrató, mi hermano ha esperado mucho de usted, y ha hablado maravillas de su persona.

CONWAY: No merezco ese trato. Hasta ahora sólo hemos tenido una relación superficial.

COSME: Que por desgracia tendrá dificultades para prolongarse y profundizarse.

DAMIÁN: ¿Y eso por qué?

COSME: Comprenderá, señorita Conway, que los recientes acontecimientos trastornan los planes que considerábamos todos a corto plazo. Es así que usted misma reconoce el conflictivo estado en que se encuentra mi sobrina. Ante todo importa ella, y en eso estamos de acuerdo. Estas semanas que vienen serán muy duras aquí: trámites burocráticos, problemas legales, cuestiones de herencia, posibles mudanzas. Y no obviemos los recuerdos. Inma aquí no entendería nada y estaría expuesta a la confusión, al poco tiempo que sus tíos tendríamos para atenderla, y a las imágenes de su pasado con ese hombre admirable que fue su abuelo, nuestro padre, y que a ella la podrían traumatizar. Por eso he decidido que la mejor solución para ella es alejarse de aquí, marchar a algún sitio donde pueda olvidar y divertirse como corresponde a una niña de su edad. Dónde sea ese lugar es algo que pongo en sus manos: le ruego que

decida en lo que queda de semana si lo mejor para mi sobrina es volver al internado, en cuyo caso sus tres meses de sueldo le serían respetados, o si por el contrario lo ideal sería hacer las dos un viaje cómodo y largo por el continente. De este modo, ambas podrían aprovecharse de ese conocimiento de otros países y culturas a los que uno no está siempre en condiciones de acceder. Son las opciones que le doy; no se precipite pero piense, y escoja.

CONWAY: Lo que dice parece razonable.

DAMIÁN: Demasiado razonable.

COSME: La razón es patrimonio exclusivo del hombre.

DAMIÁN: Y de la mujer; incluso vuestro, al parecer.

COSME: ¿Quieres discutir sobre ese punto?

DAMIÁN: Y no sólo sobre ese.

CONWAY: Estoy muy cansada, demasiado para pensar. Me retiraré a descansar, con su permiso.

COSME: Por supuesto, querida; y no olvide cuidarse.

CONWAY: Buenas noches. *(Sale.)*

DAMIÁN: Te estás excediendo.

COSME: Los niños lloran si les quitan sus juguetes. Pero yo recuerdo muy bien tu edad.

DAMIÁN: De pequeños te escondías a mi paso.

COSME: El primogénito debe saber aguardar.

DAMIÁN: Tengo derecho a compartir.

COSME: Ya compartiste los gustos del padre. ¿Sabían a poco?

(Entra Ernesto.)

ERNESTO: El doctor se marcha ya.

COSME: Pues hagámosle los honores de una buena despedida. Nunca se sabe cuándo se le puede necesitar de nuevo. Yo lo acompañaré a la puerta. Otra cosa, Ernesto...

ERNESTO: Sí, señor.

COSME: Después iré directamente a mi habitación. Coge a Andrés y llévalo allí.

ERNESTO: ¿Perdón, señor?

COSME: Tu oficio sigue siendo el mismo y ahora yo soy el señor. Haz tu trabajo.

ERNESTO: Muy bien, señor. Puede confiar en mí.

COSME: No lo pongo en duda. Vámonos. Por cierto, hermano, ten buenas noches y recibe mi más sentido pésame. Es ley de Dios. *(Salen.)*

ESCENA DECIMOQUINTA

(Dormitorio. Inma en la cama. Entra Ulises.)

ULISES: ¿Puedo entrar?

INMA: Mientras te esperaba estaba pensando si te daría permiso o permanecería callada en una ausencia fingida, y he optado por esto último.

ULISES: Hablas mucho para expresar tu silencio.

INMA: Procuero que me entiendan bien, padre. ¿Debo llamarte así o no es una visita profesional?

ULISES: La señorita Conway me hizo creer que estabas deprimida.

INMA: ¿Y esperabas la angustia existencial? De momento, de luces andas corto.

ULISES: Nunca he sido alto.

INMA: Si hubieses dicho que tu vocación no era de farola, hasta habría esbozado un asomo de sonrisa.

ULISES: Judas mató con un beso; siempre es un adelanto.

INMA: ¿Vas a darme una clase de Historia Sagrada?

ULISES: Seguro que ya te la sabes.

INMA: Algo he leído. Hay que estar a la moda.

ULISES: O tu institutriz estaba confundida, o me ha engañado para atraerme aquí.

INMA: Por que tú seas un mentiroso, no debes afirmar que todo el mundo lo es también. La señorita Conway es una bellísima persona encorsetada, e incapaz de comprender la vida real. Si estás aquí es porque con toda su buena fe creía que podrías servir de ayuda y de consuelo en mi momento de dolor. ¿Qué vamos a hacer si la pobre se equivoca?

ULISES: Luego no estás apenada.

INMA: Luego tú no eres el apoyo que preciso. Pudiste serlo pero renunciaste antes de tiempo, y fue exclusiva decisión tuya, padre.

ULISES: No me llames padre; queda fuera de lugar.

INMA: A mí no me gusta el nombre de Inmaculada, pero hay quien me llama así, y con razón.

ULISES: Parece que no quieres relacionarte conmigo.

INMA: No proyectes en mí tus sentimientos.

ULISES: No me das muchas más alternativas, ¿sabes?

INMA: Dudo que seas un buen sacerdote; tal vez sí en la homilía, pero no en el confesionario.

ULISES: ¿Estás educada en la fe?

INMA: ¿Mi educación te importa?

ULISES: Representas el futuro, y toda prevención es conveniente.

INMA: He pensado si tratarte de usted; ¿sería respeto o distanciamiento?

ULISES: El futuro se presenta inquietante.

INMA: El pasado simplemente se presenta. Resurge.

ULISES: Sí.

INMA: ¿Tienes algo que decirme?

ULISES: ¿Hay algo que no sepas?

INMA: Nadie sabe lo que sé; pero no prosigamos con ese enredo dialéctico.

ULISES: Si me marchase ahora, quedaría como un cobarde.

INMA: ¿La cobardía es una categoría religiosa?

ULISES: No.

INMA: Pues vuelve con los tuyos y olvida todo lo demás. Aquí no te queda nadie.

ULISES: ¿Me habría perdonado?

INMA: ¿Tu padre?

ULISES: Sí.

INMA: Pregúntale a él.

ULISES: Me he quedado sin interlocutores.

INMA: Has estado mucho tiempo fuera.

ULISES: Pero creí que no sólo se acumula el rencor.

INMA: Si crees que te odio, estás en un error.

ULISES: O quizá me engañas.

INMA: ¡Qué poco confías en el género humano! Elegiste mala profesión.

ULISES: Creo que me marcharé mañana.

INMA: ¿Volverás?

ULISES: No si no cambian mucho las cosas.

INMA: Para entonces ya no estaré aquí.

ULISES: Has crecido mucho.

INMA: Te perdiste mi evolución.

ULISES: Y tú la mía.

INMA: Pero tú no me importas. Me he curado de ti.

ULISES: Temí ensancharte la herida.

INMA: Hay cauterio para todo.

ULISES: Inma...

INMA: ¿Sí?

ULISES: Tengo...

INMA: Sé lo que tienes que decirme. No te esfuerces en vano.

ULISES: Parece que no me necesitas.

INMA: También he aprendido de ti. Soy una niña pequeña y debo dormir.

ULISES: ¿Es una invitación a irme?

INMA: Ya ves que decírtelo no me cuesta nada.

ULISES: Quisiera creer que no hablas en serio.

- INMA:** Quisieras creer que aún puedes hacerme daño.
- ULISES:** Estoy decepcionado, y no sólo por mí, pero eres tan joven que es indispensable no perder la esperanza.
- INMA:** Si te asusta la influencia de la casa, puedes marchar tranquilo. Mañana también me voy yo.
- ULISES:** Entonces podremos vernos en otras circunstancias.
- INMA:** Me has dañado, y no deseo aprender a perdonar. Adiós, tío.
- ULISES:** ¿Así?
- INMA:** Tú verás.
- ULISES:** Adiós. *(Sale. Pausa.)*
- INMA:** No te imaginas lo mayor que me acabo de hacer.
- PEDRO:** *(Surge.)* De sentirte. Te quedan años por delante.
- INMA:** ¿Hasta ser como tú?
- PEDRO:** Tal vez más.
- INMA:** Pero, ¿feliz?
- PEDRO:** En tu mano está.
- INMA:** Ahora me noto vieja, indecisa.
- PEDRO:** Estás muy cansada.
- INMA:** Vivir es demasiado complicado.

- PEDRO:** Pero vale la pena. Ahora lo sé.
- INMA:** Hay tantas cosas que debería aprender.
- PEDRO:** Ya sé que no te he enseñado bien.
- INMA:** No, no es por ti, pero no sé si vale la pena molestarse en decidir.
- PEDRO:** Es cuestión de prioridades, y en eso no puedo aconsejarte.
- INMA:** No, supongo que es una cuestión interna.
- PEDRO:** Afecta a tu personalidad entera.
- INMA:** Mi privado es un problema mío.
- PEDRO:** La señorita Conway hará una madre ejemplar.
- INMA:** Me planteo muy seriamente la cuestión de su educación.
- PEDRO:** No imposible, pero sí difícil; ahí reside el interés, y el mérito.
- INMA:** Mañana haré que se decida. Tengo un plan que no puede fallar.
- PEDRO:** Sentiré que te vayas. Empezábamos a conocernos.
- INMA:** No es posible no hacer daño, ¿verdad?
- PEDRO:** También la frustración es necesaria.
- INMA:** Eso es verdad... Abuelo...
- PEDRO:** No me preguntes.
- INMA:** No puedo callarme.
- PEDRO:** Podrías arrepentirte. No digo que vaya a ocurrir, pero podría pasar.

INMA: Debo arriesgarme.

PEDRO: ¿Influirá en algo mi respuesta?

INMA: Lo ignoro.

PEDRO: Como quieras. Tú verás lo que haces.

INMA: Abuelo, ¿tú crees que he hecho mal?

ESCENA DECIMOSEXTA

(Escalera. Damián espera. Aparece la señorita Conway.)

DAMIÁN: Yo en tu lugar no me apresuraría con el equipaje.

CONWAY: Usted también debería ir a dormir.

DAMIÁN: No me quito la cama de la cabeza, pero se me ha olvidado dónde está.

CONWAY: Deseo sinceramente que la encuentre. Buenas noches.

DAMIÁN: ¡Institutriz! También he olvidado tu nombre, tu propio nombre propio.

CONWAY: Aunque se lo repita, tampoco lo recordará. Buenas noches.

DAMIÁN: ¡Institutriz!

CONWAY: No grite. Oigo perfectamente.

DAMIÁN: ¿Yo te alzo la voz? ¡Tú me alzas la voz! Yo sólo quiero que hablemos pero tú me rehúyes.

CONWAY: Si su intención real es tener una conversación, mañana, más despejados, concertaremos una hora conveniente. Ahora debemos acostarnos.

DAMIÁN: Una educadora no abandona a un niño huérfano.

CONWAY: Desearía no oírle frivolar, pero entiendo que no puede controlar su estado.

DAMIÁN: Ya sé lo que le pasa: como todo su interés se concentra en ese viaje, ahora rompe nuestro pacto para que no la relacionen conmigo. Teme por su golosina.

CONWAY: Se aprovecha de su estado para forzar la situación, pero yo soy comprensiva y no conseguiré irritarme.

DAMIÁN: ¿No la irrito?

CONWAY: No.

DAMIÁN: ¿Ni siquiera un poquito?

CONWAY: Ni un poquito siquiera.

DAMIÁN: Eso es que lo hago suave, tierno.

CONWAY: Damián, ustedes los latinos son personas expansivas, y por eso mismo incapaces de controlarse. Lo que está haciendo es convertir su rabia y frustración en grosería, pero yo lo entiendo y no me importa.

DAMIÁN: Usted a la rigidez la llama comprensión. A lo mejor es frígida.

CONWAY: Mis hábitos corporales no son de su incumbencia. Y lamento confesar que este aspecto de su personalidad no lo suponía y me desagrada. Ha sabido engañarme muy bien.

DAMIÁN: Dime que me quieres.

CONWAY: Buenas noches, Damián.

DAMIÁN: De acuerdo; yo te lo diré. Te quiero.

CONWAY: Sólo usted sabe qué pretende.

DAMIÁN: A ti; te pretendo a ti. Te quiero.

CONWAY: Lo demuestra de un modo poco habitual.

DAMIÁN: ¿No me crees?

CONWAY: No.

DAMIÁN: En mi primera intención me propuse usar la violencia si me dabas esa respuesta.

CONWAY: ¿Por qué se contiene?

DAMIÁN: No eres tan inexperta.

CONWAY: Quizá me está partiendo el corazón, pero no dejaré que lo descubra.

DAMIÁN: Mi sobrina habría progresado mucho contigo, y yo también. *(Pausa.)*

CONWAY: Damián, ¿usted ha aprendido a amar? *(Pausa.)*

DAMIÁN: No.

CONWAY: Entonces no tiene derecho a extrañarse de nada. Me voy, y esta vez es en serio. Adiós. *(Sale. Pausa.)*

(Se oye un sollozo.)

DAMIÁN: ¿Y ahora tú por qué lloras? ¿Eh?

(Aparecen Marta y María, ésta hipando tal vez, pero ¿se puede hipar de risa o tan sólo por llanto?)

MARTA: Nada, señor. Veníamos por la silla; se quedó aquí abajo y vamos a subirla. Venga, ayúdame.

(Marta y María cogen la silla de ruedas y la suben por la escalera.)

MARTA: Terminamos con esto y nos marchamos.

DAMIÁN: Te he preguntado que por qué estás llorando.

MARTA: Es un resfriado.

DAMIÁN: ¿No vas a aprender a callarte, Marta? Tanta tontería va a terminar por enfadarme. Y tú, si has estado oyendo, ya sabes a qué atenerte.

MARÍA: Te has enamorado. Pero ella es más lista.

DAMIÁN: Las mujeres y el amor nunca vais juntos.

MARÍA: Te has puesto en ridículo ante ella.

DAMIÁN: Tú no eres quién para juzgarme.

MARÍA: Pero ella no es para ti.

DAMIÁN: ¿Una furcia moral? Que mi hermano te dé la absolución.

MARÍA: Te ha calado bien. Ha visto la basura que eres.

(Damián la abofetea.)

DAMIÁN: ¿Y tú eres la buena para mí? *(La golpea de nuevo.)*

MARTA: Estate quieto.

DAMIÁN: ¿Tú también quieres recibir? Pues espera el turno, que habrá para todas.
(Golpea a María.)

MARTA: Por tus muertos, desgraciado.

(Marta coge la silla de ruedas para arrojársela a Damián, pero pesa demasiado y se le cae. El ruido alerta al hombre, y se acerca a Marta mientras se quita amenazadoramente el cinturón.)

ESCENA DECIMOSÉPTIMA

(Jardín, a la mañana siguiente. La señorita Conway junto al pozo. Aparece Andrés.)

CONWAY: Si me va a decir que parezco cansada, prefiero no saberlo.

ANDRÉS: En realidad no pensaba decir nada, pero ya que lo menciona es cierto que no demuestra una vitalidad extraordinaria. Es más, me atrevería a afirmar que ha pasado toda la noche sin dormir.

CONWAY: Toda la noche no, pero sí muchas horas.

ANDRÉS: No nos acostumbramos a días como estos, tal vez porque, por fortuna, son escasos.

CONWAY: Días que son últimos días.

ANDRÉS: Apártese del pozo.

CONWAY: ¿Va a sacar agua?

ANDRÉS: Tan deprimida podría entrarle una mala tentación.

CONWAY: Los errores están para corregirlos.

ANDRÉS: Este error tendría que corregirlo yo. ¿Me imagina bajando esas paredes húmedas y viscosas hasta llegar al agua donde su cuerpo yacería ahogado y tal vez empezando a hincharse? Eso si no se ha roto la cabeza antes. Le pido por favor que me ahorre la visión.

CONWAY: Sólo por usted prometo quedarme quietecita aquí arriba, pero no me separaré.

ANDRÉS: Entonces me pondré a su lado y no la perderé de vista.

CONWAY: ¿Me aferrará si intento marchar?

ANDRÉS: Mis manos son fuertes. (*Larga pausa.*) ¿Cómo está Inma hoy?

CONWAY: No lo sé; he salido sin verla.

ANDRÉS: Si necesita cualquier cosa, dígamelo.

CONWAY: Sí. (*Pausa.*)

ANDRÉS: Señorita, está temblando.

CONWAY: Hace frío.

ANDRÉS: ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

CONWAY: No sé. (*Pausa.*)

ANDRÉS: No llore, señorita Conway, por favor; me da vergüenza verla así y tendría que irme.

CONWAY: Váyase.

ANDRÉS: No me deje verla así, señorita.

CONWAY: Déjeme; soy una tonta.

ANDRÉS: Si supiera qué decir le hablaría, pero no conozco palabras bonitas ni sé tratar a las damas.

CONWAY: No soy una dama.

ANDRÉS: Y muy bonita, además.

CONWAY: Usted no me conoce.

ANDRÉS: Me basta con lo que veo.

CONWAY: No se debe confiar en la apariencia de la gente.

ANDRÉS: Usted no es mala por dentro. No sabe.

CONWAY: ¿Usted sí?

ANDRÉS: Más que usted, sí.

CONWAY: No puedo creerlo.

ANDRÉS: Crea lo que la haga feliz. Es lo que cuenta.

CONWAY: Soy una maestra, una educadora, y no puedo enseñar la felicidad a los niños porque la he perdido para siempre.

ANDRÉS: Le ayudaría a encontrarla, si supiese y me lo permitiese.

CONWAY: Ya no hay tiempo. Me marcho de aquí.

ANDRÉS: ¿Adónde?

CONWAY: Eso debo decidirlo aún; llevaré a Inma a otra parte.

ANDRÉS: Sentiré su pérdida. La extrañaré.

CONWAY: Por suerte no nos hemos conocido lo suficiente.

ANDRÉS: Para mí no es una suerte.

CONWAY: Para mí tampoco.

ANDRÉS: Al menos no se irá inmediatamente, ¿verdad?

CONWAY: Esperaré unos días. Hay que improvisar preparativos.

ANDRÉS: La envidia.

CONWAY: No tiene por qué.

ANDRÉS: Por viajar, por salir.

CONWAY: ¿Usted también quiere marcharse?

ANDRÉS: Tal vez. Se me ocurre ahora.

CONWAY: Hágalo.

ANDRÉS: Siempre he estado aquí.

CONWAY: Razón de más.

ANDRÉS: La mejor.

CONWAY: Sí.

(Aparece Ernesto con maletas. Le sigue Inma en ropa de viaje.)

INMA: Como no la he visto, he preparado el equipaje yo sola.

CONWAY: ¿Y con eso qué pretendes decir?

INMA: Que nos vamos, naturalmente.

CONWAY: Nos iremos, pero aún es pronto.

INMA: No hay mejor momento que este. Ernesto, máchese. Su sitio está en la casa, no en el jardín.

ERNESTO: Como usted diga, señorita. *(Sale.)*

INMA: En cuanto a ti, Andrés, ciertamente no diría que en el jardín estés fuera de lugar, pero no sé si...

CONWAY: Andrés es muy gentil al hacerme compañía.

INMA: Quizá necesitemos un hombre, tiene razón.

CONWAY: Andrés nos ayudará a transportar las maletas hasta la casa.

INMA: ¿Casa? ¿Qué casa? Es usted tan contradictoria que ya no sé si cree lo que ve o lo que oye, por eso lo que va a pasar lo va a ver y a la vez yo se lo iré contando. Así espero que alguna de las dos imágenes merezca su confianza. Fíjese detrás de mí. Ante usted está la casa donde ha dormido las dos últimas noches. No la conoce muy bien pero sabe que es esa. Observe ahora lo que ocurre con la fachada; una línea negra se dibuja, crece y se ramifica. Es una grieta, un abismo en la pared. Los muros están temblando, se ciernen peligrosamente dejando caer cascotes desde el tejado; son las chimeneas desmoronándose, las tejas, los ladrillos. La construcción se precipita sobre su interior; la elevación desaparece. En pocos segundos, el hundimiento se ha consumado y la destrucción es casi total. ¿Distingue algún resto?

ANDRÉS: La escalera.

INMA: Es buen augurio. Ya lo ve, señorita Conway; sólo quedamos usted y yo, y Andrés, y no tenemos sitio al que volver. ¿Nos vamos?

EPÍLOGO

(Ulises y la cantante como en el prólogo.)

CANTANTE: Nunca olvidaré el fin de semana en que Laura murió.

ULISES: Murió.

CANTANTE: Murió.

ULISES: ¿Sola?.

CANTANTE: No más que tú.

ULISES: Sola.

CANTANTE: Entonces decidí que nunca más volvería aquí. Ya no valía la pena.

ULISES: Pero has vuelto.

CANTANTE: He vuelto.

ULISES: ¿Eso quiere decir algo?

CANTANTE: Es posible; no lo sé. ¿Sabes tú por qué estás otra vez aquí?

ULISES: No es lo mismo, porque yo ya vine en cierta ocasión.

CANTANTE: Lamento el fracaso.

ULISES: Nadie ha dicho que lo fuese.

CANTANTE: Habrías permanecido.

ULISES: Estuve todo el tiempo que pude.

CANTANTE: Ignoro lo que da de sí tu fortaleza.

ULISES: Seguramente no lo suficiente.

CANTANTE: Eso pensé.

ULISES: ¿Por qué tú ahora?

CANTANTE: Dame una razón en contra.

ULISES: Se había perdido todo. Lo tuyo también.

CANTANTE: Recibí una llamada.

ULISES: Tardaste en responder.

CANTANTE: Hasta el instante después del último momento.

ULISES: Anhelos de inevitabilidad.

CANTANTE: Como que estamos aquí.

ULISES: Convocados sin motivo aparente.

CANTANTE: Un reencuentro amistoso.

ULISES: ¿Una reunión de trabajo?

CANTANTE: ¿Para hacer qué?

ULISES: Yo lo que sé, que es poco. ¿Y tú?

CANTANTE: También lo que sé... ¿Te canto?

FIN

La Roda-Madrid, 1992

Amado Mio

(Fisher & Roberts)

Amado mio,
love me forever
and let forever begin tonight.

Amado mio,
when we're together
I'm in a dream world
of sweet delight.

Many times I've whispered
"Amado mio"--
it was just a phrase
that I heard in play
as I was acting a part.

But now when I whisper
"Amado mio"--
can't you tell I care
by the feeling there
for it comes from my heart?

My one endeavour,
my love, my darling,
will be to hold you
and hold you tight.

Amado mio,
love me forever
and let forever begin tonight.

Amado mio,
love me forever
and let forever begin tonight.

Amado mío

(versión española)

Amado mío
te quiero tanto
no sabes cuánto
ni lo sabrás

Si te consigo
amado mío
siempre conmigo
te quedarás

Todo lo que tengo
amado mío
a tus pies está
para ti será
para ti lo guardé
todo lo que tengo
amado mío
desde que te vi
no me sirve a mí
sé muy bien el porqué

En tu mirada
a veces veo
un buen deseo
y nada más

Amado mío
te quiero tanto
no sabes cuánto
ni lo sabrás

Pedro Manuel Vllora Gallardo nació en La Roda (Albacete), el 13 de junio de 1968. Ha estudiado Ciencias de la Información, Filosofía y Dirección de Escena. Colabora con editoriales, prensa escrita, radio y televisión, y es crítico literario de ABC Cultural. Ha publicado sendos trabajos sobre Terenci Moix (*La noche no es hermosa*, 1994) y Ana María Matute (*Casa de juegos prohibidos*, 1997). En 1997 obtuvo el Premio Rojas Zorrilla por *Las cosas persas*, y en 1999 el Premio Ciudad de Alcorcón por *Amado mío o La emoción artificial*. También ha recibido una Ayuda a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura para un libro de relatos, y dos Ayudas a Autores de Teatro de la Comunidad de Madrid. Otras obras suyas son *La misma historia* (1990), *El eclipse de un dios* (1996) y *Acoso de muñeca* (1998).